

TIEMPO, DESTIEMPO Y
CONTRATIEMPO

GREGORIO WEINBERG

Ediciones **elaleph**.com

Editado por
el**aleph**.com

© 2000 Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Los ensayos que integran este libro poseen una nota común: la preocupación por el destino del país y de América Latina, varios de cuyos problemas pretendemos abordar aquí, si bien desde ángulos infrecuentes, los que para algunos podrán parecer distanciados de las urgencias contemporáneas, o poco pragmáticos; quizás éstos no adviertan que los elementos sobre los cuales deseamos llamar la atención constituyen la urdimbre misma de esa realidad que, por lo general, se percibe a través de sus manifestaciones exteriores y más fácilmente aprehensibles; quedan, pues, en pie las otras, las profundas e indóciles. Las malezas son más observables a primera vista que las raíces.

Cuando se evocan nuestras crisis- nuestras fieles compañeras desde hace poco menos de dos siglos- suele relacionárselas con ciertas dimensiones, desatendiendo otras, acaso no menos significativas que las consideradas. Predominan, sabido es, los enfoques económicos, sociales y políticos, pero desde los más formalizados a los más ideologizados, demostraron idéntica incapacidad de prever algunas de las mayores crisis de esta centuria. Descúidanse, en cambio, los culturales (salvo en el plano de la retórica), y pocas veces se mencionan las categorías empleadas ni la investigación indaga acerca de sus fundamentos. En este sentido, José Luis Romero insistía sobre un serio y difícilmente soslayable escollo: para los análisis recurrimos siempre a instrumentos conceptuales forjados con anterioridad a su utilización, y por momentos demasiado antiguos, no del todo apropiados o eficaces para entender de manera adecuada las nuevas situaciones o circunstancias. Esto implica evidentemente un desafío: la necesaria actualización que las ciencias sociales y humanas deberán arrostrar cuanto antes a riesgo de extraviar el sentido de los procesos que estamos viviendo, y esto cuando la dimensión futura se ha instalado ya como un protagonista hasta ahora igno-

rado; y sin desatender, además y sobre todo, la aceleración de los mismos. Desde luego que el objetivo que estas páginas se proponen es bastante más modesto: por un lado, llamar la atención, como se hace en el primer trabajo, sobre la idea de tiempo; y acerca de determinadas dimensiones de la integración, por el otro. De todos modos, ineludibles marcos de referencia.

Desde hace muchos años estamos trabajando sobre un tema que se nos ocurre poco menos que esencial: comprender el significado de las ideas de tiempo y espacio a través de la historia. Desde luego que conocemos la intimidante cantidad de estudios publicados al respecto, en particular abundan aquellos que lo encaran desde el punto de vista científico y filosófico. Para nadie será una novedad recordar que, por ejemplo, la física y la biología más recientemente, por flancos complementarios, han desencadenado verdaderas borrascas que han agitado las fatigadas aguas del positivismo conformista imperante a comienzos de siglo; las ideas de A. Einstein han sido aquí decisivas. Pero simultáneamente nos parece no menos oportuno expresar que escasean los artículos y libros que estudian dichas cuestiones

desde un plano socio cultural, inmerso en la historia; y si bien podría reconocerse no faltan las monografías, exiguos son los panoramas. Y esto último es tanto más sensible citando, por lo menos a nuestro juicio, esta situación le resta la perspectiva que necesariamente requiere y otorga sentido a los citados abordajes monográficos.

Dentro de esta orientación, algunos momentos del desarrollo histórico, en particular los de crisis, adquieren un significado sobresaliente; así, cuando se registra el paso de las ideas de tiempo y de espacio de la clásica ciudad-Estado a las predominantes durante el Imperio helenístico; la mudanza de las mismas ideas a partir de la cosmovisión medieval y su transformación renacentista; o las modificaciones que experimentamos (vividas, o si se prefiere, internalizadas antes de haberlas racionalizado) a lo largo de estas últimas décadas, cuando asistimos a tantas hazañosas realizaciones: la intromisión del hombre en el átomo (es decir, en lo infinitamente pequeño según la vieja nomenclatura), y casi simultáneamente la conquista del espacio; micro y macrocosmos penetrados. Nuestra propuesta exploración intentará demostrar que, contrariamente a lo admitido, las categorías mentales (y en

este caso las mencionadas de tiempo y espacio) están histórica y culturalmente condicionadas; y tenemos clara conciencia de la grave herejía que al sostenerlo estamos cometiendo. Como primera aproximación piénsese en los caracteres cualitativamente diferenciados del llamado pensamiento primitivo con referencia al moderno ; o para remontarnos a otro momento menos distante: el estallido de dichas categorías en Europa como consecuencia de las Cruzadas. (¿Será preciso recordar aquí, una vez más, que M. Bloch definió la historia como la ciencia de los hombres en el tiempo , y que para J. Le Goff el tiempo es el material fundamental con que se construye esa disciplina?) Pues bien, nuestro trabajo Tiempo, destiempo y contra-tiempo , aunque no integra aquel ambicioso proyecto, ni es un anticipo del mismo, de alguna manera se le vincula, puesto que intenta observar de qué modo el tiempo otorga sentido a las posibles explicaciones de nuestro quehacer histórico; y cuan riesgoso puede resultar malentenderlo o descuidarlo como categoría para percibir ciertos rasgos o tendencias de nuestro desenvolvimiento, pues así como puede integrarnos, puede demorarnos o apartarnos de aquellos rumbos que naturalmente creemos

seguir. Quede para más adelante el panorama indicado, y reduzcamos el objetivo a éste más modesto de reflexionar en torno de determinados obstáculos que pueden interponerse en la comprensión de las plurales sendas que nos propone una sociedad democrática. De todos modos, anhelamos priorizar las mencionadas categorías de tiempo y espacio, las cuales, al estructurar cada vez de manera diferente nuestro medio natural y cultural, constituyen el fundamento de nuestra presencia en el mundo .

El carácter ensayístico Impreso a nuestro trabajo determina también sus límites: no puede ni aspira a ser exhaustivo, tampoco quiere arribar a conclusiones precipitadas. Por lo tanto, y por haber escogido algunas vertientes, lógicamente dejamos de lado otras. Tenemos conciencia de que muchos son los aportes latinoamericanos, implícita o explícitamente hechos al tema que omitimos considerar, y esto en algunos casos porque juzgamos innecesario abrumar al lector con testimonios redundantes o matizar demasiado el razonamiento a riesgo de debilitarlo; en otros, porque requiere un diferente método de análisis: tal sería el caso de las ideas de algunos pensadores o sentidores, quienes sobre la materia han escrito lo suficiente para no ser ignora-

dos, compártase o no su ideario, o su consecuencia al mismo; pero hacerlo escapa a los objetivos aquí propuestos y diferimos dicho examen para otra oportunidad. Advertirá el lector que pese al corto número de páginas de nuestro trabajo, quedan puestos de resalto determinados conceptos (así, los de progreso , modelo y humanismo , etc.) que deben ser repensados necesariamente de raíz si se tienen en cuenta la experiencia acumulada durante este siglo y los desafíos que plantea el nuevo milenio que se nos está echando encima. ¿Hasta dónde es legítimo insistir en el empleo de categorías, procedimientos o modelos cuya universal eficacia no siempre está probada? ¿Hasta dónde es legítimo recurrir a otros aún no experimentados? ¿Hasta dónde el peso de la práctica y hasta dónde el de la imaginación creadora?

Avancemos ahora modificando el enfoque.

La segunda parte del libro, 'Tiempo de integración' , está constituida por cuatro ensayos sobre un tema tan antiguo como de extraordinaria vigencia, presente todos los días en los medios de comunicación masiva y tan discutido en los foros políticos como examinado en los académicos de todo el

mundo; y aunque pueda parecer paradójico, es tan decisivo como inadecuadamente conocido; lo demuestran las superficialidades que al respecto enuncian los partidos en sus plataformas electorales, el pragmatismo de las clases dirigentes con sus enfoques por lo general limitados a aspectos económicos y horizontes estrechos, y aun éstos no siempre convincentes. Sigue siendo necesario profundizar el tema, abordándolo desde una pluralidad de ángulos, renovando perspectivas y argumentos. Pero hacerlo sin desatender tampoco el análisis de los viejos y nuevos obstáculos internos y externos que siempre han dificultado su logro.

Durante este último medio siglo hemos asistido a contundentes transformaciones acerca de cuyo significado algo se dice más adelante; pero también a profundos dislocamientos, a desintegraciones de vastos imperios coloniales o bloques de naciones de diverso origen, como a desarticulaciones de países por razones étnicas o religiosas; y como contrapartida a serios esfuerzos de integración regional o continental. Esto, que a primera vista podría presentarse como contradictorio- tendencias centrífugas y centrípetas que actúan simultáneamente- sólo está indicando la complejidad del proceso histórico

que los reduccionismos interpretativos de turno simplifican en demasía.

América Latina, al emanciparse de sus metrópolis europeas durante el siglo pasado, se anticipó a lo que hoy parece tan natural, como es el proceso de descolonización; de este modo los nuevos países recorrían al único medio que favorecía posibilidades ciertas para el desarrollo de la personalidad de sus pueblos y el resguardo de su Identidad.

Como es sabido, el proceso político de emancipación no fue suficiente para definir los rasgos de nuestras naciones (todavía estructuralmente débiles y por lo tanto sujetas a inestabilidades crónicas) y consolidar los caracteres de una cultura auténtica, aunque ya entonces pudiesen señalarse manifestaciones sobresalientes. De todos modos fue aquella ruptura una instancia insoslayable para la disolución de los vínculos coloniales. Mientras perdurasen dichas relaciones, tornábase poco menos que imposible zafarse de la marginalidad y de la inautenticidad. Corresponde esta etapa a lo que alguna vez, en un intento de periodización de la cultura latinoamericana que se menciona en este libro, llamamos cultura impuesta, y cuya sombra ominosa aún suele reaparecer en nuestros días.

La conformación de peculiaridades regionales, que necesariamente entraron en colisión con los intereses de las metrópolis, generó procesos de desintegración de los imperios coloniales, o visto desde otro ángulo, contribuyó a precipitar procesos de integración de los Estados nacionales. Como podrá advertirse, la más ajustada comprensión de estos procesos mal puede hacerse fuera de un contexto histórico, de las realidades internas y externas, y precisamente es en el análisis de períodos de crisis acelerados cuando se percibe con mayor fuerza la inadecuación de las herramientas conceptuales preteritas; y acerca de esto también algo llevamos dicho. Bien distinta es la evolución de nuestros países comparada con la de los afroasiáticos o europeos, como distintas son las circunstancias y objetivos. En suma, el corte de los vínculos con las metrópolis permitió ingresar a un segundo momento, el independiente, prerequisite de la efectiva emancipación mental que permitirá ir conformando los rasgos nacionales.

Aunque a primera vista pueda parecer prescindible insistir sobre algo aparentemente conocido como las ideas integracionistas, es decir aquellas que reivindican la preterida unidad latinoamericana (y la

actualizan), ello no es así cuando pensamos que todavía convivimos con ciertos fósiles políticos para quienes los libertadores habrían atentado contra dicha unidad. Por consiguiente, cabe subrayar con energía que los hombres de la emancipación perseguían el claro propósito de independizar estas tierras de sus respectivas metrópolis de ultramar, para eliminar los factores que trababan y dificultaban lo que en aquel tiempo se entendía como normal desenvolvimiento o progreso ; y si bien como resultado de las guerras siguió la desintegración del Imperio colonial en una veintena de países, ello no fue necesariamente una consecuencia buscada, sino una resultante quizás indeseada que acompañó a los conflictos que sacaron a luz aquellas graves contradicciones ínsitas, que algunos pensadores y sentidores ya habían advertido, pero a cuyas precavidas recomendaciones las autoridades europeas siempre hacían oídos sordos.

Si el planteamiento histórico con abusiva profusión de antecedentes y precedentes muchas veces suele convertirse entre nosotros en una coartada para eludir urgencias contemporáneas, también es cierto que la dimensión histórica como instrumento de examen crítico, factor de cohesión y dador de

sentido a los procesos, se ha visto debilitado a lo largo del tiempo entre nosotros para sostener actitudes descriptivas y justificadoras. En cambio recordemos la distinta postura que registra en otros lugares la producción historiográfica del último siglo; así, por ejemplo, en países tan alejados de los nuestros como la India o Indonesia. En éstos, la vasta actividad histórica adquirió- muy probablemente debido a la intensidad de los procesos que en cincuenta o sesenta años se han visto forzados a recorrer trayectorias que a nosotros nos insumió siglo y medio largo- una fuerza explicativa e integradora del mayor interés, sin ignorar, desde luego, el fuerte tono polémico que conservan casi siempre asentado sobre interpretaciones contrapuestas y estimulantes para el debate; irrumpe la vivencia del ayer recuperado muchas veces de en medio de los espejismos o deslumbramientos de la modernización refleja. En el caso concreto de la India hubo un prolongado proceso por recuperar su auténtico pasado escondido o desfigurado a partir de la versión anglocéntrica que se remonta, digamos, a James Mill a través de su *History of British India*, de tanta y prolongada influencia. Algo semejante podría decirse con relación a Indonesia: Oud en Neuw

Oostindien de P. Valentyn, constituye una obra sectariamente batavocéntrica . Observemos que ambos autores fueron casualmente apologistas y funcionarios de las respectivas Compañías de colonización. Luego de la independencia de estos países se modificó radicalmente este panorama; para lograrlo se procedió a reconstruir a fondo sus historias, a salvar del olvido notables culturas sepultadas o relegadas, a rehacer el panteón de los dioses, reyes y héroes. Era el paso previo y necesario para incorporarse a la inédita universalidad que ofrecían los tiempos nuevos, universalidad que era algo bien distinto a un europeocentrismo expandido. De todos modos, aquellas historias no son, en el fondo, tan distintas de la nuestra, latinoamericana, si pasamos de la historia de personas a la historia de problemas . Recordemos así algunos pocos aspectos de los muchos que nos importan; los esfuerzos por esclarecer la situación de los sectores desarraigados y extraviados dentro de las nuevas modalidades impuestas por la civilización , es decir, el equivalente en cierta manera a nuestros indígenas (disparidades a salvo), y su adaptación a las nuevas condiciones de existencia y participación; las relaciones entre el Estado y la sociedad y el papel del primero en el

desarrollo; la inserción en el mundo sin abandono de la propia identidad; el rescate de seis tradiciones de las nieblas del tradicionalismo con el que adrede suelen ser confundidas, o también de qué modo recomponer y actualizar dichas tradiciones sometidas como están a las enérgicas sacudidas derivadas de la situación política mundial como del impacto de la Tercera Revolución Científica y Tecnológica. Las fronteras interiores y exteriores adquieren, pues, otro significado.

Expuestas estas razones, permítasenos incursionar en la vertiente histórica (además de remitir a otras referencias mencionadas a lo largo del texto), para memorar unos pocos testimonios adicionales y de los cuales conjeturamos el lector podrá inferir conclusiones.

...Desde muy a principios de la revolución he conocido que si alguna vez llegábamos a formar naciones en la América del Sur, la federación sería el lazo más fuerte que podría unirlos. Así es que no perdí un instante en proponer a los Estados americanos la federación que actualmente se está verificando en el Istmo de Panamá . Días después el 27 de abril, y desde el mismo lugar, reitera Bolívar: ... Yo sé que cada República americana tiene pendiente

su suerte del bien de las demás, y que el que sirve a una sirve a muchas...

Un par de años antes, Bolívar, como jefe de Estado del Perú, desde Lima, con motivo de la convocatoria del Congreso de Panamá y en comunicación a los gobiernos de Colombia, México, Río de la Plata, Chile y América Central, el 7 de diciembre de 1824, es decir, dos días antes de la decisiva batalla de Ayacucho, había escrito: Después de quince años de sacrificios consagrados a la libertad de América por obtener el sistema de garantías que, en paz y guerra sea el escudo de nuestro desuno es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos. Fácil es demostrar que no otro era el espíritu de integración y solidaridad (de algún modo precondiciones de su estabilidad y progreso), desde el comienzo mismo de la gesta emancipadora. Así, en este extremo de América, en la ciudad de Tucumán, el 9 de julio de 1816 ya se había proclamado la Independencia de las Provincias Unidas de Sud América; el 25 de octubre del año siguiente se publicó el Manifiesto a las Naciones del Congreso

General Constituyente de las Provincias Unidas de Sud América, sobre el tratamiento y crueldades que han sufrido de los españoles, y motivado la declaración de su independencia ; y del 22 de abril de 1819 es el Manifiesto del Soberano Congreso General Constituyente de las Provincias Unidas de Sud América... Y para concluir, recordemos con Antonio J. Pérez Amuchástegui que, al inaugurar el Congreso Nacional Constituyente (diciembre de 1824) su presidente, Manuel Antonio de Castro, declaró que dejaba instalado el Congreso General representante de las Provincias Unidas de Sud América .

Es decir que el sentido de unidad continental con sus alcances y también con sus limitaciones aparenta ser previo al enunciado de los particularismos nacionales. Abandonemos aquí este presuroso rastreo de la idea de integración, cuyos altibajos y modificaciones pueden fácilmente seguirse hasta nuestros días, pues la bibliografía es copiosa, para destacar que si hoy perdura en el centro de los debates es porque la misma, además de afectar cuantiosos intereses y rancios prejuicios, se vincula, entre otras, a las ideas de Estado y de soberanía. Conven-gamos en que ambos conceptos, hoy centrales, sa-

cuidados fueron por vendavales polémicos como consecuencia del distinto papel a ellos atribuido dadas las nuevas condiciones políticas del mundo contemporáneo; corresponde entonces preguntarse cuáles son las funciones del primero y cuáles los límites de la segunda, cuando se vislumbran grandes procesos integradores y al Estado ya no se le reconocen las atribuciones que le permitieron constituirse en el arquitecto de las nacionalidades (instancia organizativa) e impulsor de ciertos desarrollos recientes que posibilitaron la modernización político-institucional. Desde luego que las nuevas circunstancias exigen un replanteo audaz y tornan legítima la pregunta de si estas ideas se debilitan o mejor dicho se redefinen. En los trabajos que integran la segunda parte de este libro se enuncian puntos de vista- con énfasis en los aspectos culturales- que persiguen, reiteramos, el propósito de contribuir al debate con argumentos menos retóricos que los habituales, pero quizás de no menor entidad.

Escritos fueron todos estos ensayos en tiempos nublados , y se reproducen tal cual (salvo insignificantes retoques formales y corte de alguna mención demasiado circunstancial) por dos motivos

principales: uno, porque de algún modo testimonian el momento en que fueron escritos; y el otro, más serio todavía, porque entendemos indican la crónica perduración de los problemas y los interrogantes que hacen a la identidad del país (y por consiguiente también a su alteridad), como así a su futura inserción en el turbulento mundo que nos toca vivir. Además, si a lo largo del texto aparecen reiterados algunos breves pasajes o se insiste sobre ciertos conceptos, ello está indicando qué ideas deseamos destacar. Y para finalizar, recordemos con un pensador brasileño que, dentro de bien pocos años, seremos hombres de otro milenio. Esta y otras circunstancias justifican apelar, con coraje, a lo mejor de nuestra imaginación creadora.

Gregorio Weinberg

Buenos Aires, agosto de 1992.

TIEMPO, DESTIEMPO Y CONTRATIEMPO

El tiempo, uno de los problemas mayores de la historia del pensamiento de todas las épocas, ha sido al cabo de los siglos tan finamente elaborado y conducido a tal grado de abstracción en el campo de la filosofía, de la religión, del arte y de la ciencia, que por momentos ha logrado- si bien no siempre legítimamente, a nuestro juicio- se le conceda un carácter que lo supone poco menos que natural, invariable y universal; es decir, aunque parezca paradójico, fuera del tiempo histórico. Los estudios sobre el tema son, qué duda cabe, de riqueza e interés extraordinarios; y en este sentido a las aportaciones clásicas deben añadirse, más recientemente,

las del Lejano Oriente y las derivadas del extraordinario desarrollo de la física teórica a partir de la relatividad einsteniana.

Para disipar de entrada cualquier malentendido digamos que a los efectos que ahora nos importan, admitimos que las representaciones del tiempo son componentes esenciales de la conciencia social, cuya estructura refleja los ritmos y las cadencias que marcan la evolución de la sociedad y de la cultura. El modo de percepción y de apercepción del tiempo revela numerosas tendencias fundamentales de la sociedad y de las clases, grupos o individuos que la componen . El mismo autor amplía poco más adelante: En los tiempos modernos, esas categorías (las de tiempo) han adquirido un carácter autónomo, pueden ser utilizadas como instrumentos, sin referirlas a acontecimientos determinados de los cuales son absolutamente independientes . Subrayemos, aunque en la definición citada está implícita, la enorme distancia recorrida desde aquellas comunidades donde el tiempo estaba rigurosamente pautado por la Naturaleza y sus ciclos, a las vastas elaboraciones filosóficas que impregnan ideologías, con su enorme gravitación sobre las concepciones de la historia y de la vida de las diferentes socieda-

des, y colorean hasta su actividad práctica en los más diversos planos de sus decisiones políticas, económicas, sociales y culturales. Si por distintas vías del tiempo nos apropiamos, también éste puede sernos impuesto contrariando las peculiaridades adquiridas; por eso puede hablarse de un tiempo propio y de otro ajeno que, llegado el caso, suele desplazar o sobreponerse al primero. Admitir, sin más, un tiempo extraño, es facilitar la pérdida de la identidad y de la independencia culturales y, desde luego, del espíritu crítico. Las opciones de un desarrollo autónomo no están desvinculadas de la toma de conciencia de la especificidad de los países o de los grupos que los integran; acatar estos supuestos en modo alguno significa reconocer la excepcionalidad de ninguna, y menos aún de aquella que justifique abusos o menoscabos; el pluralismo cultural debe caracterizar la existencia, aunque la historia concreta se encargue, infortunadamente, de relativizar o desmentir esta pretensión. ¿No será entonces una de las funciones del historiador descubrir las acechanzas que le propone el tiempo?

Lo expuesto hasta aquí no hace sino exaltar el significado del tiempo en la historia del hombre, particularmente el interés que puede llegar a revestir

en aquellos pueblos postergados o marginados por diversos motivos del quehacer contemporáneo. Así, digamos que su empleo como ingrediente de una categoría de análisis puede convertirse en factor de coerción para imponer no sólo una determinada concepción, sino también para demostrar- subterfugios o extrapolaciones mediante- que ese tiempo es inescapable. Estamos aquí, evidentemente, ante una manifestación más de los diversos etnocentrismos, esta distorsión ha sido señalada como tal hasta con reiteración, cierto es; como un elemento espúreo para el correcto entendimiento de los procesos humanos; pero no siempre se ha percibido el papel sobresaliente que esa idea de tiempo puede ejercer para comprender y sobre todo para orientar dichos procesos. Con frecuencia se señala el rasgo insatisfactorio que suele adquirir el traslado mecánico de las pautas de una sociedad a otra, la apresurada adopción de teorías o explicaciones, mas casi siempre pasa inadvertida la importancia del factor tiempo que allí subyace implícita o explícitamente. O dicho con otras palabras: la toma de conciencia de la especificidad del tiempo latinoamericano permitiría quizás iluminar, de bien distinto modo al corriente, nuestra inserción en el mundo

contemporáneo, la relación con nuestro pasado y la búsqueda de una dimensión futura propia. Llegar al convencimiento de que siempre hubo y sigue habiendo un desfase entre los tiempos de los países desarrollados y los restantes, puede convertir a esta idea en una fuente de energía social: pero de todos modos tampoco ello es suficiente.

En el plano ideológico, justificador de su predominio, la posición hegemónica de los países centrales- por llamarlos de algún modo- se fue imponiendo no sólo gracias a una posición etnocéntrica por ellos mismos reputada universal, sino y sobre todo durante el siglo pasado, por una serie de fatalismos celosamente elaborados: raza, clima, geografía, etc. (y al decirlo, implícitamente surgen conceptos tales como raza blanca , clima templado , etc.). Admitido esto, una de las conquistas mayores de las ciencias del hombre contemporáneas, obtenida no sin dificultades, pues para ello debieron vencerse prejuicios arraigados e intereses muchas veces seculares, ha sido la reducción o la eliminación de esos criterios fatalistas que siempre aspiraron a convertirse en naturales o de origen sobrenatural (pueblos elegidos). Ahora bien, si a regañadientes fueron dejándose de lado esos fatalismos, los mis-

mos fueron sustituidos por otros que debían desempeñar idéntica función: proponer (e imponer) objetivos y medios que reflejasen las conquistas logradas, los niveles de vida alcanzados; el modelo no lo perfilaban ahora la geografía o la raza, sino el régimen económico, político o social, sea éste capitalista o socialista. Convengamos, dicho sea siquiera de paso, que persistir en sostener los primitivos fatalismos era, de algún modo, también vedarse la posibilidad de recomendar sus propios regímenes como ejemplares o paradigmáticos.

Pero he aquí que la ampliación del tiempo histórico de unos pocos miles de años a centenares de miles cuando no millones de años- novedad del mundo contemporáneo- reintroduce subrepticamente por la ventana lo que con tantas dificultades se había expulsado por la puerta, es decir aquellos factores naturales antes aludidos, aunque ya no como rigideces poco menos que insuperables. Ahora, si bien en un plano cualitativamente diferente vuelven a asomar el clima, la geografía, etc., otra vez necesarios, pues sin sus efectos explicativos mal podrían captarse, por ejemplo, procesos tan complejos como las grandes migraciones africanas, las oleadas de los tártaros o, quizás también, los ciclos de la

civilización maya. Cuando asoman nuevas cuestiones que la historia fáctica no puede explicar, la historia de tiempo largo, más prometedor, las aborda resueltamente. (Y siquiera de modo incidental preguntémosnos si la historia fáctica pretérita no habría desempeñado un papel muy importante como disolvente de los mencionados fatalismos.) Mas también despunta aquí su faz una nueva e inesperada paradoja, una astucia de la historia en el sentido hegeliano: cuando el historiador ya había logrado delimitar su campo en relación con otras disciplinas (nuevas, como la sociología, o tradicionales, como la geografía), debe recurrir nuevamente a ellas, como así a la antropología, a la economía, etc., cuyas aportaciones parecían adecuadamente asimiladas. Dicho de otro modo: con el tiempo largo se establecen otras relaciones, de un tipo nuevo o diferente, entre la historia y aquellas ciencias.

Estas últimas observaciones nuestras convocan necesariamente la referencia a Fernand Braudel, cuya dilatada obra bien se conoce y aprecia en Hispanoamérica. Pero infortunadamente no podemos detenernos en el análisis de la misma sin asumir el riesgo de alejarnos del tema central del trabajo; dicho sea esto sin desconocer la vastedad y riqueza de

sus consideraciones sobre el tiempo. Así, pues, digamos que la producción del notable historiador francés, desde su temprano libro *Le Méditerranée et le monde méditerranéen a l'époque de Philippe II* (que es de 1949), pasando por sus numerosos trabajos, entre los cuales sólo destacamos, por la perdurable influencia que ejerció, *La longue durée* (publicado éste en 1958, en *Annales -E.S.C.*), hasta su monumental y reciente *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XV-XVIII siècle* es, en cierto modo, si se quiere simplificar, una reflexión sobre el tiempo histórico y los numerosos problemas que suscita. Limitémonos, por tanto, a recordar algunas pocas de entre sus muchas observaciones al respecto. Así, cuando Braudel se refiere a esa duración social, a esos *tiempos múltiples* y contradictorios de la vida de los hombres que no son sólo la sustancia del pasado, sino también la materia de la vida social actual, idea que poco más adelante enriquece al afirmar: Trátese del pasado o de la actualidad, una conciencia nítida de *esta pluralidad del tiempo social* es indispensable para llegar a una metodología común de las ciencias del hombre. Y remata diciendo: De las experiencias y tentativas recientes de la historia se desprende consciente o no, aceptada o no- *una noción cada vez*

más precisa de la multiplicidad de los tiempos y del valor excepcional del tiempo largo . Las palabras por nosotros subrayadas de las sumarísimas citas transcritas, correspondientes todas ellas al mencionado trabajo sobre la larga duración (y con muchas otras dispersas en los millares de páginas escritas por F. Braudel bien podría organizarse una impar antología), son harto elocuentes y ponen de relieve la trascendencia de la idea, tanto para postular una posible reorganización de las ciencias del hombre en torno a ella, como así la recomienda para la efectiva comprensión de los procesos históricos, en toda su riqueza y complejidad, en su contradictorio fluir, como ocurre con la vida misma. Y si a Braudel hemos recurrido, y no a otros, es por estimar que en su obra aparece siempre, de modo expreso y sobresaliente, esa preocupación por el tiempo. Sus autorizados puntos de vista confirman el relevante papel atribuido a los factores tiempo-tiempos. Apartémosnos ahora del tema, que, como es obvio, envuelve riquísimas perspectivas considerado en su generalidad e implicaciones; dejemos de lado otras categorías analizadas también por Braudel como las de *estructura* y *modelo* por ejemplo, que no menos esti-

mulantes horizontes brinda, y encaminémonos hacia un objetivo más restringido.

Desde luego que no intentaremos, por considerarlo fuera de lugar en este momento, un relevamiento de cómo, a través del proceso de formación de nuestras nacionalidades, y en particular en los momentos de crisis, que es citando el tema se recarga de significaciones, se pone de manifiesto una preocupación por el tiempo que podría rastrearse no únicamente a través de pensadores rigurosos y sistemáticos (en particular los interesados por la historia y la filosofía), sino también por quienes, faltos de una denominación genérica más apropiada, calificaríamos como *sentidores*, es decir. Ensayistas, poetas o novelistas que enfrentan idéntica cuestión por diferente vía. Entre los primeros resaltaría sobresaliente interés, por ejemplo, estudiar qué concepto tenía del tiempo José Luis Roero, uno de los grandes historiadores latinoamericanos de los últimos decenios, sobre todo por la singularidad de sus preocupaciones, vueltas, por un lado, hacia la historia medieval (*La revolución burguesa en el mundo feudal*), o por el otro hacia el Nuevo Mundo (*Latinoamérica: las ciudades y las ideas*), y apenas citamos dos obras de un vasto conjunto donde abundan los

aportes doctrinarios y metodológicos. Otro tanto podríamos decir de Leopoldo Zea, cuyas plurales contribuciones, imprescindibles ya, están articuladas en torno a la historia de las ideas y que él aborda con una infrecuente vibración contemporánea: su obra, a partir de *El positivismo en México* y *Apogeo y decadencia del positivismo en México* hasta nuestros días, es abundante y enjundiosa. Ambos pensadores- y algunos pocos más, podríamos agregar- merecerían análisis pormenorizados desde el punto de vista que aquí importa, y considerables, estamos ciertos, serían sus frutos.

Pero como menos frecuente es la atención prestada por parte de los especialistas a los segundos, esto es a los sentidores, nos parece pertinente recordar, en este respecto, algunos nombres contemporáneos: Jorge Luis Borges, Alejo Carpentier, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Octavio Paz, entre otros, en cuya producción el tiempo juega papel decisivo. En la imposibilidad de analizarla, detengámonos siquiera por un instante en determinada obra del autor de *Las buenas conciencias*.

Carlos Fuentes expone en algunos de sus brillantes ensayos incluidos en *Tiempo mexicano* muy finas y sugestivas observaciones llamativamente

vinculadas con el problema aquí considerado. Antes que analizarlas, optamos por transcribir algunos pasajes a título de ilustración, con todos los riesgos que pueden acarrear las referencias fragmentarias, en vez de empobrecerlas traduciéndolas a otro lenguaje menos sugestivo. Así, en *De Quetzalcóatl a Pepsicóatl* del mencionado volumen, leemos: La Independencia se propuso recuperar el tiempo perdido (alude aquí al apartamiento de España de la modernidad en seguida del Concilio de Trento, tema antes por él considerado), digerir en unos cuantos años la experiencia europea a partir del Renacimiento, asemejarnos cuanto antes a los modelos deslumbrantes del progreso: Francia, Inglaterra, los Estados Unidos. Pero- y éste es un inmenso pero- esta opción nos condujo a una nueva esquizofrenia: atribuimos al progreso moderno las cualidades de nuestro utopianismo frustrado; convertimos en nuestras utopías modernas los hacinamientos de Londres y Nueva York y las fábricas de Pittsburgh y Manchester, es decir, todo aquello que derivando del mundo sensible del ser niega el mundo ideal del deber ser . Y agrega, pocas líneas más adelante: La paradoja de América Latina es que ha optado por la ideología de sus explotadores, rindiendo pleitesía al

positivismo liberal y al mismo tiempo antiutópico del progreso, del ser, contra el tiempo moral del deber ser . Luego de ricas y bien matizadas consideraciones, concluye Fuentes: Nuestro drama es que hemos accedido a la sociedad urbana e industrial sólo para preguntarnos si el esfuerzo valió la pena, si el modelo que venimos persiguiendo desde el siglo XIX es el que más nos conviene; si a lo largo del pasado siglo y medio no hemos seguido actuando como entes colonizados, copiando acríticamente los prestigios materiales de la sociedad capitalista; si no hemos sido capaces, en fin, de inventar nuestro propio modelo de desarrollo .

Tentados estaríamos de multiplicar y comentar muchos otros fragmentos; pero limitémonos a recordar esta otra observación de Carlos Fuentes que aparece en *Kierkegaard en la Zona Rosa* , siempre del mismo libro: Las promesas de la modernidad mexicana en el siglo XIX- el liberalismo y el positivismo- se cumplieron a expensas de los lazos comunitarios, del derecho, de la dignidad y de la cultura de la población campesina e indígena del país. El sueño de Benito Juárez conduce directamente a la pesadilla de Porfirio Díaz .

Es claro que lo que preocupa aquí a Fuentes es esa idea unilineal del progreso, con un solo y único sentido y también un solo y único ritmo, cuyas etapas no pueden saltarse, e insensible a los datos de una realidad diferente de la que le dio origen; esa idea coincide, evidentemente, con las concepciones mecanicistas del tiempo absoluto, inflexible, ineludible y fatal, al que en apariencia por lo menos nada puede desviar, y del cual tampoco nada podría apartarnos. Pero muy diversa sería la percepción de un tiempo con sustancia histórica, como sería distinto si se emplease la que deriva de las intuiciones einstenianas, que gracias a la relatividad permiten postular tiempos diferentes. No discutimos, claro está, la validez ni pretendemos legitimar la asimilación sin más entre los tiempos de la física y los de la historia; por otra parte harto ingenuo sería aceptarlo; sólo estamos sugiriendo la existencia de un determinado vínculo entre el tiempo absoluto de la ciencia clásica y la idea de progreso mecánico, unilineal. Una cierta física coincide en un momento determinado con una cierta historia, aunque su formulación no haya sido simultánea. Pero lo que más importa es que del predominio abrumador del tiempo absoluto, invariable, mecánico, del que es-

tamos hablando, se infiera, por un razonamiento cuyos pasos mal podemos analizar ahora en sus detalles, un tiempo histórico también único, y para cuya fundamentación suele introducirse otra nota: su supuesto carácter innato. Del cientificismo racionalista europeocéntrico síguese la idea de progreso con las connotaciones que acabamos de ver, lo que ciertamente parece bastante lógico admitidos los supuestos de ese racionalismo intemporal, de ínfulas universalistas, que impregnó parte sustancial del pensamiento europeo del siglo XIX. De donde la absolutización de un cierto desarrollo, único aceptado como válido y posible, además de intolerante con todo tipo de desviaciones o alejamientos. De donde también la concepción de pueblos más, o menos retrasados con referencia a una sola tabla de valores y con respecto a un trayecto que sólo puede recorrerse sobre una línea también única. Y cuando irrumpen al conocimiento del Viejo Mundo civilizaciones cualitativamente distintas, esto es, incomprendibles dentro de las categorías habituales y por momentos inexplicables por sus leyes, la reacción inicial es considerarlas marginales, aberrantes, degeneradas, cuando no se las confina a la categoría de ahistóricas (*Natiirvolker*). Expulsados de la historia,

arrojados a la biología o a la geografía, es tarea de los civilizados redimirlos, vale decir, revelarles la buena senda o imponérsela llegado el caso. Esta actitud bien sirve para justificar la tutoría intelectual y el sojuzgamiento económico, político y social. Conceptos tales como comprender o respetar son infrecuentes en el duro léxico de los conquistadores o colonizadores.

Consideraciones semejantes a las expuestas llevaron a Leopoldo Zea a reiterar con energía que, a su juicio, no tiene por qué haber pueblos fuera de la historia, a los que se pueda negar el derecho a alcanzar o realizar la una y el otro . Encarece se tome conciencia de que el mundo moderno se fue transformando en un individualismo egoísta que acabó por hacer de su propio individualismo el centro de la historia, la meta no sólo de sus esfuerzos, sino de los esfuerzos de otros hombres y otros pueblos . Y el Espíritu Objetivo que elaboró el idealismo romántico, añade Zea, originó la justificación moral de todas las agresiones, de todos los despojos y de todos los sufrimientos a que se sometió a otros hombres, a otros pueblos que no podían ser, para ese Yo transformado en espíritu,

civilización o progreso, otra cosa que instrumentos para su desarrollo, pasto para su insaciable apetito .

Llegados a este punto, y antes de proseguir por nuevos senderos, parece pertinente y hasta útil aclarar que, cuando más arriba hemos puesto de resalto las distorsiones que se derivan de un científicismo racionalista europeocéntrico , no estamos postulando, para mejor entender los problemas suscitados, un enfoque acientífico o irracionalista, sino, entiéndase bien, observando que las limitaciones de ese científicismo racionalista derivan fundamentalmente de su europeocentrismo (y en última instancia ésta no sería, desde un punto de vista riguroso, sino una nota adjetiva, que deslinda o parcela), pues al admitirlo, implícitamente está renunciando a su declamada universalidad. Asumir esa limitación sería quizás una forma posible de recuperar una efectiva racionalidad, no menoscabada por falsas o interesadas extrapolaciones que suelen acarrear detrás de ellas tablas de valores.

Pero la cuestión no se crea es sólo pretérita, es decir, con apenas interés histórico: antes bien, y por otra vía, ha adquirido importancia poco menos que decisiva en el mundo contemporáneo y merecería ser considerada con mayor detenimiento que el que

podemos dispensarle, pues lo que ahora se pretende, nada menos, es acunar una nueva idea de tiempo. Nos referimos a la acertadamente llamada industria cultural que tan bien estudiaron pensadores vinculados con la escuela de Francfort (Theodor W. Adorno, Walter Benjamín, Max Horkheimer, Herbert Marcuse, para citar un puñado entre los más significativos), quienes señalaron los rasgos que puede adquirir esa falsa universalización que seguiría a la impuesta homogeneización cultural, con fuertes efectos negativos sobre el espíritu crítico, cierto es, pero lo que quizás sería más grave aún, sobre la conservación de la identidad cultural de los pueblos, cuya personalidad se ve de este modo socavada por una fuerza de penetración y disolución antes de ahora desconocida y sobre cuyos propósitos poco y nada puede gravitar. Pues bien, esa industria cultural que amenaza con apoderarse de las conciencias de todo el planeta, se ha encargado de resucitar, como lo señalan A. y M. Mattelart, el desconocido mito de un progreso unívoco, mecánico y universal, que se oculta bajo esta nueva «filosofía» de la cultura-comunicación-tecnología, la gravedad de cuyas consecuencias los mismos autores se encargan de puntualizar al inte-

rrogarse si no constituye, acaso, la principal característica de la «cultura» de masas una vasta empresa de privación de la memoria, de privación de la historia, a la que agregaríamos de privación de un porvenir autónomo.

Para no complicar en exceso el razonamiento, pues muchas son las variables introducidas, ni ampliar en demasía este trabajo, dejamos de lado, hasta ahora, varios factores de importancia indudable; mas dos de ellos, si bien de desigual alcance si se quiere y no demasiado desvinculados entre sí, reclaman alguna atención, por somera que ella sea. El primero, la aceleración del tiempo histórico, es un dato que por sí solo inaugura horizontes y modifica perspectivas. Desde luego que esta aceleración no debe juzgarse como un incremento paulatino y cuantitativo, un acercamiento progresivo a una determinada meta, sino como un hecho cualitativo que puede ser modificado y modifica a su vez. De este modo, y admitidas las consecuencias multiplicadoras del efecto, los puntos de partida, los caminos emprendidos y los ritmos adoptados se tornan decisivos; el tiempo deja de ser una fatalidad mecánica. Y simultáneamente estas circunstancias invalidan posibles recomendaciones de inmovilismo-

cada vez más raras, cierto es, pero no por ello desaparecidas- que conservan una curiosa semejanza con aquellas que en las viejas escatologías de la India milenaria prometían como acaecimiento una movilidad futura como compensación del presente inalterable . De este modo puede advertirse que las incitaciones al conformismo son de antigua data, e interesadas, por supuesto; pero la sola revolución de las expectativas parece refutarlas con eficacia. De todos modos, la aceleración histórica, dato decisivo, es la resultante de múltiples y complejos elementos cuyos efectos se están haciendo sentir en toda la estructura social, en las ideologías y en los valores.

El segundo factor aludido, que también muy de paso examinaremos, está constituido por las propuestas utópicas y milenaristas que parecen haber resurgido últimamente. Sus enunciados teóricos requieren por lo general un tiempo discontinuo, una recreación que implica casi siempre un salto en el vacío y, por supuesto, desatiende el problema de la transición de una sociedad a otra, paso que efectúa en el plano de la racionalidad, de un tiempo sin sustancia histórica. Sus refutadores, digámoslo sin ahondar el punto, impugnan aquellos razonamientos aferrándose a un tiempo que reputan necesaria-

mente continuo, homogéneo, no expuesto a fracturas.

En suma, el destiempo ha dejado de ser únicamente una relación mecánica entre ciertos momentos o situaciones; hoy se ha hecho evidente que sobre él también inciden, entre otros factores ya señalados, algunos tan objetivos como la aceleración del tiempo histórico y otros tan subjetivos como determinadas elaboraciones ideales.

Si bien por un lado exiguas son las referencias y alusiones directas o indirectas, al problema específico del tiempo latinoamericano, y por el otro, abundan las que interesan países o momentos determinados, harto más escasos son los trabajos donde la cuestión se trata orgánicamente; por éste, y también por otros motivos, hemos prestado la mayor atención al valioso trabajo de Saúl Karsz publicado en un volumen patrocinado por la UNESCO: *Le temps et les philosophies*.

Con referencia siempre a nuestro Continente, para dicho autor el tiempo colonial es el tiempo del extrañamiento, afirmación sostenida por varias razones. Una: la violenta fractura que significó para la población indígena una dramática ruptura con su propio pasado: este pasado se les hacía a los aborí-

genes un tiempo irreal, una espera del imposible retorno de su existencia pretérita. Los levantamientos, estimulados por la desesperación y el clima de pesadilla que estaban viviendo, fueron siempre reprimidos con violencia. Cada vez más imposibilitados estaban por tanto de recuperarse o reacerarse a su propio tiempo perdido, de donde el pesimismo y la resignación que impregnan su psicología. Rosario Castellanos- y apelamos ahora a un testimonio estrictamente literario-, escribe: ... han abolido el tiempo que los separaba de las edades pretéritas. No existe ni antes ni después. Es siempre. Siempre la derrota y la persecución (*Oficio de tinieblas*. cap. XXXIX). En alguna oportunidad, si bien con referencia a otra problemática, nosotros hemos escrito, que, entre los mayas, donde, como se sabe, el tiempo representaba el orden y la medida , una vez destruido su mundo, el presente sólo podía convertirse en tiempo loco , como reza esa hermosa cosmovisión que es el *Chilam Balam*: un tiempo cuyo sentido se ha extraviado.

El conquistador, en cambio, observa S. Karsz. vive un tiempo provisional, pero inmediato y real ; tiempo intermedio entre el de la Metrópoli de la cual procedía y adonde esperaba retornar enriqueci-

do y triunfador. Pero no era sólo la dimensión temporal la afectada por la crisis, también aquejaba al invasor la desmesura del paisaje, inimaginada siquiera por el segundón lanzado a la inaudita aventura. Es decir, agreguemos nosotros, al europeo no sólo las estaciones y la brújula debieron parecerle trastornadas: tampoco podía dejar de mortificarle esta otra perplejidad: a medida que se internaba en la trama de este nunca soñado espacio-tiempo tanto más se estaba negando a sí mismo y aproximando a lo que todavía no era: criollo. En vez, el negro, prosigue S. Karsz, vive un tiempo definitivamente detenido en un territorio para ellos por entero extraño y donde se siente existencialmente desterrado. Una áspera nostalgia o una franca rebeldía fueron las respuestas intentadas para enfrentar a esa contrariada inserción en un mundo con el que mal podía identificarse, pues lo caracterizaba el maltrato y la desesperanza, y donde hasta sus dioses- otrora eficaces- habían sido acallados por la fuerza.

Por su parte el criollo se mueve en un tiempo sin espesor, que cultiva celosamente no tanto para reconocerse como para distinguirse. Así, pues, el tiempo colonial no es ni puede ser la suma mecánica (o la resultante) de todos estos tiempos que acaba-

mos de señalar, pero de todos modos imposible era, en aquellas condiciones, homogeneizarlo; continuaba siendo un tiempo escindido, entre un pasado que ofrece, por lo que llevamos visto, pocas notas comunes para sus protagonistas, como tampoco puede brindarlas para un futuro que no se comparte.

Dado dicho contexto, fácil se torna entender que las guerras de la emancipación significarán una profunda reorganización y revalorización del tiempo, amén de una verdadera movilización del mismo. Pero lo que más nos importa subrayar en esta penetrante contribución que aquí estamos siguiendo, es el señalamiento de un nuevo tiempo, con un antes que ya no es el pasado de cada uno sino el del tiempo colonial conmovido, hay un ahora que exige redefinirse con respecto al mismo, y un porvenir, inquietante y apasionante a la vez, y compartible, añadiríamos nosotros, porque una de las notas distintivas de las auténticas revoluciones es su capacidad de convocatoria de diferentes estratos sociales, por momentos confundidos o deslumbrados por un ideal que se conjetura común; o como diría un reaccionario frente al desconcertante espectáculo de aquellos ejércitos integrados por criollos, negros e indios: tiempos de subversión. Así

pues el tiempo adquiere algo de lo que carecía durante la Colonia, esto es, sustancia histórica.

Si hasta ahora hemos seguido un razonamiento que, en líneas generales, compartimos, no ocurre otro tanto con las reflexiones que expone S. Karsz con respecto al tiempo de la Ilustración, a su juicio una de las primeras, sino la primera corriente de pensamiento específicamente latinoamericana. Juzgamos que para serlo aún gravitaban demasiadas categorías, tales como la razón universal; aunque, preciso es reconocer que esta razón universal, o si se quiere en otro plano, los derechos naturales, son ideas que, aunque forjadas en el seno de países colonizadores, facilitaron elementos conceptuales para una crítica del pasado colonial; es decir, que sin perder su impronta de origen pudieron ser instrumentalmente útiles. (Y dejamos de lado el complejo proceso de trasvasamiento, directo o indirecto, de esta corriente y la singularidad de su arraigo en nuestras tierras, mediatizada algunas veces, simplificada otras, eficaz siempre.) Pues bien, al rechazar el pasado colonial se toma conciencia de la necesidad de acompañarse con lo que ocurría en el resto del mundo civilizado, que es una forma elegante de abarcar el reducido grupo de países que se sentían

efectivamente los actores y motores del proceso universal. Pero admitamos que el propósito de ponerse a la altura de los tiempos en modo alguno puede reputarse un equivalente de la percepción de la especificidad del tiempo latinoamericano, y menos aun de sus propios requerimientos, algunos de los cuales pueden, inclusive, llegar a ser contradictorios con los intereses y postulaciones de los países centrales. El mismo S. Karsz lo percibe cuando anota: Vivir su tiempo significa hacer suyo el tiempo de Europa, su racionalidad, su estilo de vida . De todos modos convengamos en que el tiempo del Iluminismo permite alcanzar un denominador común: negar *in totum* el pasado, conceptualizado apenas como memoria o tradición , vale decir ayuno de aquellos elementos fecundos y creadores que sí consientan afirmar un necesario futuro diferente e indeclinable.

Esa aparente homogeneización de la diversidad de los tiempos (el de indígenas, negros, criollos, etc., que la alquimia de los acontecimientos facultaba suponer posible) facilitaba, por lo menos en el plano ideal de las aspiraciones, la instalación de Estados nacionales que, para lograrlo, debían superar simultáneamente los ritmos regionales. De paso

agreguemos que quizá si en este punto S. Karsz hubiese incorporado a este razonamiento las diferencias señaladas entre la sociedad rural y la sociedad urbana, como lo hace José Luis Romero en varios de sus trabajos pero, sobre todo, en un espléndido ensayo denominado *Campo y ciudad: las tensiones de dos Ideologías* , habría logrado mucho mayor riqueza en sus de todos modos sagaces reflexiones.

El romanticismo, por su parte, ni estuvo tan preocupado por una valoración positiva del tiempo como para hacer de éste una forma de armonía y reconciliación ; de todas maneras, al presente atribuyó un significado preciso, el de colmar, la fractura entre la nostalgia de lo que fue y el deseo de lo que no existe . El momento siguiente, el del positivismo, de tan dilatada influencia en América Latina, sostuvo, siempre según el autor que hasta aquí seguimos, una valoración del tiempo, distinguido ahora por su antiprovidencialismo , preocupado por el tiempo histórico concreto e inspirado por una noción-clave: el progreso, con todo lo que la misma envuelve: proscripción del pasado, afirmación del presente, ordenamiento del futuro . Mas llegados a este punto, entendemos sería provechoso

reconsiderar algunos de estos elementos a partir de sus fuentes, para así enriquecer el análisis.

En el capítulo II de la Introducción Especial (La conexión de la Naturaleza ó los fundamentos geográficos de la historia universal), de sus hoy célebres *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Hegel dedica un párrafo no demasiado extenso, al Nuevo Mundo; como importa a nuestro razonamiento, aunque notorio creemos conveniente recordarlo para, de paso, subrayar ciertas ideas.

El desconocimiento del Nuevo Mundo (es decir América y Australia) por parte del Viejo Mundo no es un hecho circunstancial; es algo absoluto. Aquel radical desconocimiento deriva de una diferencia esencial de sus caracteres no sólo físicos y políticos, sino hasta geológicos, y esto a pesar de haber salido del mismo proceso de Creación. La cultura natural (sic) existente en América la condenaba lógicamente (y por tanto históricamente, dentro de la concepción hegeliana) a perecer apenas se le presentase el espíritu, porque se ha revelado siempre y sigue revelándose impotente en lo físico como en lo espiritual . De donde síguese que hay una manifiesta inferioridad de su flora, su fauna y, claro está, de sus primitivos pobladores; y la incapacidad de

estos últimos es lo que obligó a los conquistadores a introducir negros, más sensibles a la cultura europea que los indígenas .

Pero aquella inmadurez, poco menos que geológica, no sólo diferencia el Nuevo del Viejo Mundo, sino también establece una separación en el primero entre una América del Norte y otra del Sur. Las notas que las distinguen derivan, siempre a juicio de Hegel por supuesto, del hecho de que la primera, protestante, fue *colonizada*; y la segunda, católica, en cambio fue *conquistada*. De todos modos Norteamérica sigue inconstituida, es apenas un Estado republicano federativo (que es la peor forma de Estado) en proceso de formación, cuyas instituciones no alcanzaron aun la dignidad ni los merecimientos que la pudiesen llevar a convertirse en una monarquía. Sus actividades económicas son primarias y carece de industria, aunque sí posee una importante frontera que estima crea precondiciones para el asentamiento, en oleadas sucesivas, de cultivadores, y esto a su vez dificulta la coagulación del proceso en un Estado organizado, es decir aquel que caracterizan ciudades e industrias urbanas. Sólo *será* cuando su territorio sea ocupado, mas este poblamiento, adviértase, lo harán los europeos (con la

población sobrante del Viejo Mundo), de modo que Norteamérica (país del porvenir) es apenas un anejo, una dependencia. Mas como la consideración del futuro corresponde al reino de las profecías, queda su estudio excluido del ámbito de la filosofía y de la historia, disciplinas ambas donde impera la Razón todopoderosa. Como puede percibirse, la parte septentrional del Nuevo Mundo saca de este examen mejor partido que la meridional: la primera podría llegar a ser, pero sólo en tanto reflejo de Europa, de todos modos queda condenada así, agreguemos nosotros, a una total inautenticidad: la segunda, en cambio, debía seguir vegetando en la penumbra sin tiempo de la Naturaleza. Esta rotunda diferencia, que no es de grado sino cualitativa, excluye, insistamos, nuestra América hispanolusoparlante de la historia y la confina- aparentemente para siempre- en la Naturaleza; ¿cómo zafarnos de una fatalidad impuesta por aquella férrea dialéctica? A la anglosajona por lo menos le resta la posibilidad de incorporarse, subordinada, al tren de la historia sólo y en tanto admita ser colonizada por Europa. Hay pues aquí, un tiempo natural y otro tiempo histórico: este último en suspenso, condicional, o si se quiere puesto de momento entre paréntesis. *La*

Lógica, observó H. Marcuse, había mostrado la estructura de la razón: la *Filosofía de la historia* expone el contexto histórico de la razón .

El racionalismo idealista de Hegel, de tan fuerte acento europeocéntrico, ha merecido en varias oportunidades muy sagaces comentarios de Leopoldo Zea, quien en *El pensamiento latinoamericano* ha escrito, por ejemplo: La historia del viejo mundo es la historia que algún día; al decir de Hegel, tendrá que negar América si quiere comenzar la propia. Mientras no se realice tal negación o asimilación, América continuará siendo un continente sin historia, una dependencia de la historia europea .

No interesa aquí dismantelar las plurales falacias implícitas en el razonamiento hegeliano, pues para ello deberíamos internarnos en los lineamientos más generales de su filosofía de la historia de su filosofía sin más. Por eso digamos sólo, a título de ejemplo, y siguiendo una aguda observación de Charles Minguet que, si como pretende el autor de la *Fenomenología del espíritu* El Estado es la realización de la libertad , mal pudo descalificar, por ejemplo, como civilizaciones, las de incas o aztecas por no haber alcanzado esa etapa, cuando ya los filósofos del siglo XVII consideraban que las

formas teocráticas de los Estados mexicano o inca constituían un obstáculo insoportable a los derechos del individuo . Contradicción que el citado Minguet pone legítimamente de resalto. Pero sí nos importa reparar en el empleo, por parte de Hegel, de conceptos tales como impotencia , inferioridad o incapacidad que, infortunadamente suelen reaparecer aún en nuestros días, si bien fuera del contexto dentro del cual los situaba el pensador germano, y probablemente ahora más matizados o muchas veces encubiertos bajo el manto mágico de ejercicios econométricos o futurológicos , de los cuales siempre salimos malparados.

No menos europeocéntrico, pero sí mucho más influyente que el sistema hegeliano, fue el positivismo, que por un momento llegó a colorear gran parte de la vida cultural del Nuevo Mundo, de donde precisamente el interés que reviste para nosotros. Pero una cosa son las ideas de raíz comtiana, spenceriana, o el evolucionismo darwiniano, que a veces suelen confundirse bajo una denominación imprecisa y genérica, y otra bien diferente su encarnación en una realidad como la latinoamericana, donde sufrió adaptaciones, injertos, modificaciones, y expresó por momentos circunstancias e intereses diversos

de los que le dieron origen. Aquí, recordemos siquiera entre paréntesis, que a veces jugaron papeles distintos según los países: reaccionarias en el terreno social, económico y político durante el porfiriato o progresistas en el pensamiento educativo y pedagógico de fines del siglo XIX y comienzos del XX en Argentina. En este sentido la ya clásica obra de Leopoldo Zea sobre el positivismo mexicano puede servir de eficaz orientación para conocer, en sus detalles, el proceso de incorporación de esta corriente de pensamiento, singularmente expresiva de un momento que llamamos cultura aceptada o admitida y al cual más adelante nos referiremos.

Pero a los efectos que aquí interesan ceñiremos nuestras observaciones a sólo el pensamiento de Auguste Comte, cuyo sistema, por bien conocido, nos evitará entrar en pormenores. La historia del desarrollo humano- el progreso- responde a leyes; ¿cuáles son éstas? La ley de los tres estados consiste, digámoslo con palabras del mismo Comte, tomadas de su primera lección del *Curso de filosofía positiva*, en que cada una de nuestras concepciones principales, cada rama de nuestros conocimientos, pasa necesariamente por tres etapas teóricas diferentes: el estado teológico o ficticio, el estado meta-

físico o abstracto, el estado científico o positivo . Avancemos un paso más y digamos que al primer estadio, el teológico, caracterizan la monarquía y el absolutismo, con predominio del sacerdocio; al segundo o metafísico, el nacionalismo y la soberanía popular; al último o positivo, que es el del industrialismo, con la hegemonía compartida entre las fuerzas productivas de la riqueza (industriales) y el poder espiritual (sabios).

Esta concepción, tan encorsetada, y a pesar de las simplificaciones de algunos de sus expositores, admitía de todos modos asincronías entre los estadios, así algunas ciencias podían estar en una etapa, o momento de una etapa, y otras en una distinta; con diferentes palabras, el sistema puede aceptar la aceleración y el rezago, pero necesariamente con relación al orden postulado. Ahora bien, la elaboración de su sistema desatiende por completo las experiencias de las grandes civilizaciones clásicas de China e India, y nada digamos de las de nuestra América. Aunque en otro plano, recordemos que, de todas maneras, su idea de progreso coincidía con una concepción minoritaria (elitista), cuya fundamentación evidenciaba su enemiga por todos los igualitarismos como así por las teorías políticas de

filiación roussonianas que sostenían las ideas de la soberanía popular. Por lo menos en este sentido marca un sensible retroceso con relación a los contenidos democráticos que poseía la misma idea tal como ella fue formulándose a lo largo del siglo XVIII (Condorcet, Diderot, Lessing, Turgot, etc.). La mención de Condorcet, reivindicado en forma expresa por Comte como antecedente, se ve neutralizada por la de Joseph de Maistre, cuyo retrato, junto al de una veintena de otros pensadores, ocupaba un lugar de privilegio sobre su mesa de trabajo, como hemos podido comprobarlo personalmente al visitar nosotros, hace poco tiempo, la que fue su casa y es hoy museo de Comte. Esta referencia, circunstancial si se quiere, sólo pretende subrayar la devoción por J. de Maistre la que explica a nuestro juicio, por lo menos en parte, la vertiente autoritaria de su sistema, que se opone a la libertad tal como esta se hace presente en los hombres de la Ilustración preocupados por el progreso y que antes citamos. Más aún, y esto lo apunta J. B. Bury, contrariamente al siglo XVIII que buscaba la felicidad a través del progreso, para este concepto de felicidad no hay lugar en el estrecho determinismo intelectualista de Comte.

Las ciencias sociales, con las que culmina su concepción jerárquica de la ciencia, tienen su estática y su dinámica, de donde el juego entre coexistencia y sucesión, entre orden y progreso, etc. Y sin agotar las notas que mejor permitirían caracterizarlo, digamos que creía superado, o poco menos, el problema del colonialismo, y también parecía convencido de que se estaban extinguiendo a ojos vista las causas que generan las guerras entre los pueblos y las naciones. La historia, evidentemente, ignoró sus intuiciones. (Otras variantes del positivismo, que aquí, dejamos de lado, como la spenceriana o la darwinista. Inspiraron corrientes de pensamiento fuertemente racistas; es decir, la moderna biología, tendenciosamente interpretada, podía servir para explicar la inferioridad de los indígenas latinoamericanos y justificar su opresión cuando no su exterminio.)

Sin tomar en consideración las salientes diferencias señalables entre las ideas de proceso y progreso, o entre progresos y progreso- como lo hace, por ejemplo, Manuel García Morente en un extenso, interesante y poco recordado trabajo, cuya orientación general no compartimos por cierto- y para concluir con este aspecto, digamos que tampoco el

tiempo histórico, amén de otras categorías forjadas por el positivismo, era satisfactorio para comprender la especificidad del pasado latinoamericano o la originalidad de algunos de sus rasgos como no lo era para proteger una indispensable autonomía intelectual que permitiese cuestionar el presente o plantear problemas decisivos que las crisis agudizaban, y cuando para encontrar la clave explicativa se recurría a un progreso europeocéntrico y mecánico, además de desconocer casi siempre que el mero cambio cuantitativo, el aumento en cantidad, no es progreso. La realidad, multiforme y porfiada, no parecía convalidar aquella candorosa aserción de que ... el progreso supone necesariamente la perfectibilidad... y se desbordaba por carices imprevisos.

Apenas hemos hecho referencia a dos filosofías de la historia, sin duda influyentes; en ambas destacamos cómo su carácter incuestionablemente europeocéntrico y pretendidamente universal, por momentos velado por su misma índole sistemática, deforma la imagen que ofrecen del proceso histórico y de qué modo las ideas de tiempo implícitas en ellas permiten justificar ideas (y políticas) que desfavorecen por cierto la posibilidad de alcanzar nuestra

emancipación mental, y dificultan lograr un desenvolvimiento autónomo. Muchas otras filosofías de la historia podríamos considerar aquí, para luego intentar desentrañar qué sentido exhiben del tiempo; pero es esa tarea para otra oportunidad. De todos modos, de tantos esfuerzos encarados para elaborar una historia desentendiéndose de las historias, de imponer un tiempo descuidando los tiempos, parece desprenderse una conclusión poco seductora; diversas circunstancias, algunas de las cuales de paso hemos insinuado, parecen indicar que nos llevan a una situación que podría caracterizarse por un oscurecimiento, por un opacamiento de la historia: el Hombre ya no sabe que él la hizo ; así pues, cualquier visión limitada amenaza con enfrentarnos ante un pasado extraño, por momentos ajeno, y una visión futura no menos alienada. En última instancia, nos reconduce al viejo problema del sentido de la historia.

En la *Revista de la Universidad de México* hemos esbozado, años ha, un intento de periodización del proceso cultural latinoamericano, por considerar insatisfactorios o poco convincentes los enfoques cronológicos o políticos tradicionales hasta enton-

ces aplicados a la materia. Además, sobre el tema hemos seguido trabajando y pensarnos se vincula entrañablemente con el del tiempo que aquí consideramos. En el mencionado ensayo planteábamos, si bien en bosquejo, tres momentos esenciales, los que a su vez podrían ser sometidos a ulteriores subdivisiones. El primero de esos momentos sería el de la *cultura impuesta*, que correspondería al período colonial y que, por supuesto, no termina en una fecha determinada sino perdura en tanto se mantiene la relación de dependencia con una metrópoli. El segundo, el de la *cultura admitida o aceptada*, atañe al período posterior a la emancipación, durante cuyo transcurso los países van conformando su estructura interna acordándola con su nueva inserción en el mercado internacional, tan determinante que por momentos coincide con el modelo que los economistas denominan de crecimiento hacia afuera. Como primera aproximación digamos que esta etapa se prolonga hasta 1930, y durante su transcurso tanto la escuela como la imprenta facilitaron la democratización, siquiera restringida, de la vida cultural, hasta entonces muy limitada. El tercer y último momento sería el de la *cultura criticada o discutida*, esto es, cuando se ponen en duda los supuestos mismos

de los anteriores, hayan sido incorporados por imposición (época colonial) o acogidos de manera precrítica (época independiente). Esta harta sucinta exposición correría el riesgo de parecer demasiado incompleta si por lo menos no le añadimos, para su apropiada comprensión y como inicial acercamiento, dos notas a nuestro juicio capitales para captar el carácter dinámico de los procesos: las contradicciones presentes en cada uno de los momentos; y además, la asincronía entre los distintos planos de la realidad histórica. Pues bien, qué relación advertimos entre la periodización antes expuesta y el problema del tiempo, por algunas de cuyas particularidades hemos intentado incursionar.

Cuando decimos, con S. Karsz, que el tiempo colonial es el tiempo del extrañamiento, mas también de la incomunicación y del aislamiento, agregaríamos nosotros, en rigor estamos reconociendo los diferentes grados de inautenticidad de aquella cultura, y esto parece válido tanto para las manifestaciones indígenas (adulteradas por las circunstancias que en gran parte las despojaron de su sentido último), como para los distintos grupos, tal como antes se apuntó. Porque convengamos en que colonias y colonizado son apenas materia prima en manos de

los colonizadores, quienes pretenden- sin siempre lograrlo, por cierto- conformarlos hasta donde pueden a sus propios intereses metropolitanos; los pobladores se transforman, de este modo, en objetos, no en sujetos. Y sin necesidad de subrayarlas, saltan a la vista las contradicciones entre sus intereses y la asincronía de sus tiempos. Esa *cultura impuesta*-mediatizada hasta por el solo hecho de haber sido elaborada la original en función de muy otras dimensiones temporales y espaciales, y que pretende sobreponerse a distancias inauditas, sin advertir que por el mismo carácter de las nuevas magnitudes ya la estaba desvirtuando- se va convirtiendo, sobre todo en los centros urbanos, en una de carácter cortesano, ornamental, desvitalizada, distinguida por una radical inautenticidad, en el sentido que, al concepto atribuye Roland Corbisier. Agrávase esta situación si tomamos en cuenta que el tiempo histórico tanto de España como de Portugal ya estaba rezagado, o por lo menos significativamente desacompasado, con respecto al nuevo tiempo que comienza a imponer la modernidad en los países de incipiente desarrollo capitalista, y donde lo cuantitativo, esto es lo mensurable, predomina sobre lo cualitativo. Y aquí la contradicción- siempre en el

plano cultural que ahora estamos considerando- se hace presente al rastrear las manifestaciones de mayor autenticidad; estas últimas se revelan a través del empleo de un nuevo lenguaje y de la difusión creciente de géneros artísticos y literarios otrora subestimados cuando no a veces descalificados. Este proceso de autonomización intelectual se verá beneficiado por un paulatino redescubrimiento de las especificidades de la Naturaleza americana, que deja de ser juzgada con ojos europeos o se reputa inferior por el solo hecho de ser diferente; la experiencia humana, inédita, debilita las ataduras con la cultura metropolitana, ya insatisfactoria ésta aun desde un ángulo instrumental, y cuya vitalidad se va enervando; la tradición y la autoridad aparecen debilitadas.

La cultura aceptada o admitida correspondería al momento en que se registra la ya apuntada reorganización, revalorización y movilización del tiempo , asistida por las corrientes de la Ilustración (momento negativo que asoma al término de la etapa anterior, es decir, de la colonial), que al racionalizar y universalizar el tiempo, además de secularizarlo enérgicamente, pone de relieve el destiempo en que América Latina está sumergida con relación al para-

digmático atribuido a los países centrales. Todas las corrientes de pensamiento a partir del Iluminismo, es decir, durante este lapso, de la Ideología al Positivismo (incluso el Romanticismo, aunque aquí con caracteres más complejos), se proponen como uno de sus objetivos prioritarios recuperar aquel tiempo utilizado como punto de referencia. La proclamada independencia intelectual y cultural (Bello, Echeverría, etc.) constituye una nota que expresa esta situación; otra, y la que más nos importa ahora, es el empeño tenaz por ponerse a la altura de los tiempos, por recuperar el tiempo perdido, y para ello qué mejor providencia que intentar poner el reloj de nuestra historia, como entonces candorosamente se decía, en hora con la de aquellos países. Se advierte una conciencia cada vez más clara del destiempo, y para suplir ese rezago, insistamos, se buscan allende los mares inspiración, estímulos, instituciones, ideas, cuando aún no se tenía conciencia de los propios.

Simultáneamente se torna patente que, a todas luces, dicho destiempo se va acortando, se estrechan las distancias; y así reconforta a nuestros antepasados saber que el romanticismo y el modernismo llegan y arraigan antes en el Nuevo Mundo que en

España, desde donde solían llegar morosamente las novedades (sic).

A fines de esta segunda etapa se advierte ya— aunque no siempre con claridad suficiente o con la antelación requerida— que muchas son las dificultades que se interponen en el logro de los objetivos propuestos y entorpecen ese esfuerzo de acompañamiento propuesto para superar precisamente las asincronías, los destiempos. Por tanto se verifica que no pocas veces ha interferido un engañoso espejismo: la ciudad encantada de la civilización europea, con sus altas torres de liberalismo y democracia, que por momentos ya parecía al alcance de la mano, o poco menos, vuelve a perderse de vista. Así, las metas simulan alejarse con velocidad superior a nuestras efectivas posibilidades de arribar a ellas; las distancias en vez de abreviarse se amplían; cuando regímenes democráticos tienden a consolidarse son derribados por otros autoritarios y restauradores. En un plano distinto, la misma experiencia permite comprobar cuán profunda es la semejanza, pongamos por caso, entre incorporarse al proceso de desarrollo contemporáneo adquiriendo manufacturas elaboradas que poseyendo industrias propias, y que esto último se ve dificultado

cuando se admiten las reglas de juego impuestas por los países centrales, que consisten precisamente en comprar materias primas baratas y vender manufacturas con mayor valor agregado; en predicar el librecambismo y aplicar el proteccionismo, cuando no se opta por un intervencionismo cínico en abierta contradicción con los principios proclamados en los foros internacionales. En síntesis, y como nota generalizada, podría afirmarse la existencia de una suerte de consenso acerca del destiempo, destiempo que se aspira a colmar, como llevamos dicho, adoptando, con mayor o menor ingenio, ideas, pautas, criterios, instrumentos, técnicas o instituciones inadecuados o prematuros, así la sociedad de hiperconsumo, esa suerte de caballo de Troya metida en las sociedades en vías de desarrollo (y como el caballo de Troya no es algo que estos países produzcan, su introducción hasta suele verse favorecida con la exención de aranceles aduaneros cuando no se aprovechan créditos preferenciales). Pero también a fuer de honestos debemos reconocer que al lado de quienes tienen idea de los obstáculos que implica el tantas veces mencionado destiempo, perduran reducidos aunque influyentes grupos que siguen añorando el pasado o idealizan la Colonia

como una época menos conflictiva, con menores asincronías y complejidades, cuando la ideología del Concilio de Trento unificaba el tiempo espiritual del Nuevo Mundo con el de sus metrópolis y hacía posible reivindicar un orden natural y eterno . Son aquellos que, para poner en hora el reloj de la historia , mueven hacia atrás las agujas; y que en castellano llamamos, sin eufemismos, retrógrados .

Mas convengamos en que la clara conciencia del destiempo histórico no basta en modo alguno para entender satisfactoriamente los procesos contemporáneos, y menos aun para proyectarse hacia el futuro o, en otra instancia, actuar sobre ellos. Parece inexcusable dar un paso más y admitir que aun cuando por ventura lográsemos superar esa asincronía (cosa que lógica e históricamente puede con facilidad demostrarse es imposible, dada la diferente estructura de nuestras sociedades y su demorado punto de partida), proponerse como objetivo alcanzar aquellos modelos prestigiosos, desatendiendo sus inconvenientes, sería algo contraproducente: un nuevo contratiempo. Además, por ventura ¿podrán en algún momento países con bastante menos de 1.000 dólares de ingreso anual por habitante, alcanzar los niveles de otros que ya registran un producto

que supera holgadamente los 20.000 dólares anuales, aceptando las reglas de éstos, por ejemplo, la mencionada sociedad de consumo dilapidadora, asentada sobre una ética despiadadamente individualista, egoísta y utilitaria? ¿Puede omitirse que parte nada desdeñable de los elevados ingresos de los países centrales o desarrollados débese precisamente a la desigualdad del trato que tienen en sus relaciones con los periféricos, subdesarrollados o en vías de desarrollo? ¿Cabe olvidar que las cifras estadísticas más objetivas indican que, en vez de reducirse, la brecha entre países pobres y ricos sigue aumentando dramáticamente? ¿Seguiremos apostando al espontaneísmo, la improvisación, con la consiguiente pérdida de tiempo, recurso escaso como hemos visto; dilapidando esfuerzos e inversiones, en detrimento de alternativas más racionales?

No se infiera de lo que llevamos dicho una actitud fatalista: nada de eso. Queremos señalar que admitir como satisfactorio el modelo de los países hoy desarrollados (con su tiempo histórico, su ritmo propio y sus modalidades de crecimiento) puede llegar a constituirse en un contratiempo. La respuesta juiciosa sería recuperar nuestro tiempo- lo que en modo alguno significa ignorar el del resto del

mundo, o desaprovechar sus enseñanzas, hasta donde ellas puedan ser compatibles con nuestros proyectos-, modelarlo tomando en cuenta nuestra propia realidad, proponiéndose metas alternativas cuyo logro quizás pueda requerir saltar etapas o dar rodeos para alcanzar objetivos muy verosímilmente distintos, diferentes. Y para ello debe tomarse muy en cuenta que, por lo menos el proceso de transición de nuestro hoy a un mañana mejor deberá marchar por carriles inéditos, quizás hoy inexistentes, lo que constituye un formidable desafío a la imaginación de nuestros pueblos. Y si como escribía Antonio Machado, con el andar se hace camino, para no extraviar el rumbo vale la pena emprender la aventura con sol naciente, o por lo menos con sol alto, cuando todavía hay tiempo por delante y las distancias aun pueden abarcarse; todo esto antes que se avecine el crepúsculo.

TIEMPO DE INTEGRACIÓN

INTEGRACIÓN Y DEMOCRACIA

El de la integración, como cualquier otro proceso humano, extravía en gran parte su sentido si se lo sustrae del contexto histórico, o por lo menos hacerlo así estorba su más acertada comprensión. Por eso el análisis del problema debe ser referido a épocas o momentos bien determinados; sólo de este modo se verá favorecido el entendimiento de sus posibilidades, obstáculos o alternativas. Dicho sea esto sin descuidar los elementos permanentes y fecundos que la idea arrastra- como tendencia y como aspiración- desde hace más de siglo y medio.

No vamos a abundar aquí sobre un aspecto que, confesamos, nos interesa sobremanera y al cual, inicialmente, pensábamos dedicar la mayor atención; nos referimos a las relaciones entre las ideas de Bolívar y el problema de la integración. Y no lo hacemos- como tampoco nos detenemos en sus antecedentes- pues acabamos de tomar conocimiento de un anticipo del libro *Bolívar: integración en la libertad*, de Leopoldo Zea, quien con su habitual sagacidad desentraña allí tanto el momento histórico en que aquellas ideas fueron formuladas, como analiza la vigencia contemporánea de muchas de ellas, cargadas de esperanzas, y que él vincula con perspicacia y sensibilidad con las de *unidad, solidaridad y libertad*, que es una forma muy oportuna y muy rica de plantearlas.

Así, escribe Zea:

Simón Bolívar, desde que se inician las guerras de independencia en 1810, ve la guerra de su patria, Venezuela, como parte de la guerra total de esta América. Por ello la concibe como una gran guerra en la que unos pueblos han de apoyarse los unos a los otros. Ya piensa entonces en una gran confederación para hacer la guerra de liberación que, posteriormente, concebirá como una gran confederación

para la paz y para garantizar la liberación. Hombres y pueblos unidos en la servidumbre pueden unirse ahora en la lucha para alcanzar la libertad y unirse igualmente para crear el orden, que le garantice. Así la lucha por la liberación de su patria más amplia que es la América. La Patria Grande la llamarán muchos de los hombres de esta América. La liberación de la Patria Grande se iniciará, así, desde una determinada nación.

Ahora bien, dada la circunstancia señalada, y sin detenernos en otros pensadores, quisiéramos recordar sólo uno, bien significativo: nos referimos a Juan Bautista Alberdi, quien en su *Memoria sobre la conveniencia i objetos de un Congreso Jeneral Americano ante la Facultad de Leyes de la Universidad de Chile para obtener el grado de licenciado* (Santiago de Chile, 1844), señala que la convocatoria del Congreso de Panamá, idea cuya originalidad y oportunidad atribuye al genio de Bolívar, se había reunido para enfrentar la amenaza europea. Sin descartar que el propósito de cualquier futuro congreso pueda tener eventualmente como objetivo preocuparse- como el de Panamá- por la resistencia a cualquier agresión externa, deberá proponerse también otras tareas y

diferentes propósitos: así recomponer su carta geográfico-política , es decir considerar situaciones tales como la mediterraneidad de Bolivia, producto de las aberraciones derivadas del régimen colonial; y adelante escribe sobre el tráfico naval de sus ríos, en favor de toda bandera americana, i con cortas limitaciones, de cualesquiera otra bandera, sin exclusion . Y como a juicio de Alberdi las nuevas amenazas de conquista no son militares, pues Europa ya no piensa en la ocupación de nuestros desiertos territorios. lo que quiere arrebatarnos es el comercio, la industria... sus armas son sus fabricas, su marina; no los cañones: las nuestras deben ser las aduanas, las tarifas, no los soldados... Por eso acota: A la *santa alianza* de las monarquías militares de la Europa, quiso Bolívar oponer la *santa alianza* de las Repúblicas americanas, i convocó a este fin el Congreso de Panamá , dentro de cuyo espíritu debían abordarse los grandes problemas del momento, como eran la pobreza, la despoblación, el atraso y la miseria, que, con modificadas características siguen siendo infortunadamente los actuales, entre otros que a aquellos se han sumado. Sin entrar a analizar sus puntos de vista sobre tan ancho espectro de cuestiones, recordemos que Alberdi señaló en la

misma *Memoria* las posibilidades de unificar monedas, pesas, medidas, y establecer acuerdos que faciliten el ejercicio de profesiones científicas e industriales, y, por supuesto, convenios que aseguren la extradición judicial. Por otra parte sostenía el derecho y la práctica de la intervención- parecer que el actual derecho internacional no comparte, y que acuerdos, convenios y convenciones internacionales y regionales rechazan expresamente-, punto de vista que justificaba diciendo que la neutralidad o prescindencia sólo tiene sentido entre los pueblos heterogéneos, no así entre aquellos que, como los nuestros, constituyen una sola familia. En suma, el propósito de la convocatoria que propugnaba debía ser nada menos, que la recomposición de la América política .

No corresponde detenernos a historiar estos conceptos a lo largo de la prolongada vida intelectual de Alberdi, aunque recordemos que algunos de ellos sufrieron, a través del tiempo, sensibles modificaciones, así, el de libre navegación o el de intervención: como tampoco parece pertinente reprocharle que en la Memoria haya subestimado las posibilidades de injerencia europea en el Nuevo Mundo hispánico cuando no mucho después se re-

gistra la invasión de Napoleón III a México, la anexión de Santo Domingo por parte de España y el apoderamiento de islas peruanas y bloqueo y bombardeo del Callao y de Valparaíso. (Véanse, en este sentido, los importantes prólogos de Ricaurte Soler a la reedición de la *Colección de ensayos y documentos relativos a la Unión i Confederación de los pueblos hispano-americanos*, valiosa recopilación realizada por José Antonio Lastarria, Álvaro Covarrubias, Domingo Santa María y Benjamín Vicuña Mackenna, inicialmente publicada en Santiago de Chile, 1862, y ahora reimpresa en forma facsimilar bajo el título abreviado de *Unión y Confederación de los pueblos hispano-americanos*, que incluye utilísima documentación). Sí interesa, en cambio, mostrar la continuidad de una tradición que se proyecta hasta nuestros días, que sostiene la necesidad de la *unión y confederación* (o mejor aun de la integración) no sólo como actitud defensiva- que tampoco descarta por cierto- sino con el firme propósito de afianzar las condiciones de un desarrollo armónico.

La emancipación tire un movimiento centrífugo, en el sentido de que precipitó un proceso de fractura de los imperios coloniales, y en el caso del español desembocó en una por lo menos aparente

balcanización política, aunque con el tiempo advertiríase que muchos de aquellos límites que consagraría la historia, eran menos arbitrarios y artificiales de lo que aparentaban ser, pues respondían a razones profundas dictadas por la geografía, la sociedad y la economía. Este proceso de desarticulación reiteradas veces también se puso de manifiesto dentro de los mismos límites de los actuales Estados nacionales, con enfrentamientos entre regiones. De aquí los esfuerzos de integración- una de las formas de la organización, insistimos- para recomponer, según Alberdi, no sólo sus límites políticos sino también para homogeneizar sus estructuras sociales y económicas conmovidas. Muchos de ellos debieron- o quizás mejor aún habría que decir que algunos de ellos todavía deben hacerlo- integrar las grandes masas indígenas o las oleadas de inmigrantes, o visto desde otro plano, no coincidente con el anterior pero sí semejante, integrar las masas rurales que dejaban de serlo sin alcanzar a convertirse en urbanas. Mientras no incorporemos, pero de verdad, a las culturas, a las masas marginadas, no habrá verdadera integración , escribe Francisco Miró Quesada. Es éste el complejo proceso que José Luis Romero trata, sobre todo, en los últimos capítulos

de su admirable libro *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, cuando aborda la sociedad escindida .

Todos los esfuerzos por normalizar esta situación se vieron reiteradamente obstaculizados por la existencia de verdaderos enclaves (tanto territoriales a veces, como económicos o culturales otras). Parejamente podría recordarse que, en cierto sentido por lo menos, el llamado crecimiento hacia afuera (que fue el modelo favorito de nuestras clases dirigentes casi hasta 1930, cuando se produce una profunda alteración del mercado internacional) desfavoreció, por decirlo de alguna manera, esfuerzos e inversiones que, efectuadas oportunamente, quizás pudieron haber contribuido a homogeneizar la estructura interna de nuestros países, o por lo menos a reducir las grandes diferencias que la abruma. Y proyectar estas situaciones al plano Internacional no parece un razonamiento abusivo.

Es propósito nuestro señalar, siquiera muy escuetamente, algunos aspectos que hacen a la integración (particularmente a la cultural), vinculados a la democracia. Si bien la bibliografía general sobre el tema se ha multiplicado sensiblemente durante los últimos años, creemos que uno de los aspectos más desatendidos ha sido el de las relaciones- más que

necesarias, indispensables- que deben establecerse entre democracia interna (esto es, la vigente dentro de los países), y la que podríamos llamar democracia externa o supranacional, vale decir, la que debería existir en las relaciones entre Estados soberanos.

Precisamente con referencia a la integración supranacional, decía el recordado maestro José Medina Echavarría que lo primero que es preciso no olvidar cuando se considera este tema es la relativa heterogeneidad histórico-cultural de los dos grandes fragmentos de América Latina. Sin que el mundo luso quede del todo aparte de este proceso, es sin embargo en el hispánico donde cobra mayor significación. Las naciones hispánicas están unidas en el «sobrentendido» de su conformación común dentro de su fase moderna, guardan quizás en su subconsciente colectivo el trauma doloroso de una separación, y todavía responden en cada momento a los ideales de sus héroes de la independencia, cristalizados sobre todo en las visiones generosas de Bolívar. Pero en el tiempo transcurrido han tenido que hacerse a sí mismas como naciones, en un sostenido esfuerzo aun inconcluso, que les llevó en ocasiones a entrar en conflictos recíprocos, y las más de las veces a actuar de espaldas las unas respecto de las

otras. Sin embargo, nunca dejó de apagarse del todo el ideal de la integración, que recogieron, según momentos, éstos o los otros grupos de intelectuales, éstos o los otros grupos de políticos nacionales, complicándolo en este caso con afanes si no de hegemonía, sí al menos de liderazgo . Y prosigue Medina Echavarría: ... Son considerables las dificultades que en América Latina, como en otros lugares del mundo, crean a la unión política las separaciones seculares y ciertos conceptos muy arraigados. Y toda integración sería imposible si no existiera hace algún tiempo la concepción de las uniones limitadas de carácter funcional. Unas u otras áreas de problemas comunes- técnicos, culturales, económicos, etc., permiten contraer compromisos que por su naturaleza técnica no despiertan recelos ni hieren viejas predisposiciones emocionales. Una red de esas vinculaciones funcionales es el instrumento eficaz de una integración de otra suerte imposible . (*Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico de América Latina*, segunda parte. Los diagnósticos .)

Juzgamos, pues, que los basamentos mismos de todo esfuerzo de integración entre países (y por supuesto que aquí nos interesa particularmente la refe-

rida a América Latina y el Caribe) puede verse @amenazada, tanto por el carácter asimétrico que hoy revisten dichas relaciones, como por los regímenes antidemocráticos internos. Dicho más claramente, los arduos y de todos modos insuficientes trabajos realizados hasta hoy en favor de la integración (sea ésta económica, política, educativa o cultural) no deben quedar expuestos a la fragilidad de los resultados que se derivan de las decisiones de gobiernos de representatividad dudosa o discutible, los que, en última instancia, mal pueden convertirse en los heraldos de una democracia efectiva en las relaciones entre los países cuando tampoco contribuyen a consolidarla fronteras adentro. Ni puede declamarse un Nuevo Orden Internacional si no se lo compatibiliza con políticas de efectiva redistribución de bienes y servicios, sean éstos económicos o culturales, y también de los derechos y garantías para la persona humana. Aquí deberían plantearse varias exigencias: *consenso, legitimidad y eficacia*, sobre las cuales habría que reflexionar con el mayor cuidado para darles un contenido distinto del de la democracia del siglo XIX- tan ayuna de contenido social- y concebida en dimensiones nacionales, y que si bien en su momento hizo una notable contri-

bución a consolidar los Estados, probablemente no ofrezca ahora las mejores, y mucho menos las únicas respuestas para los actuales requerimientos, que dadas las nuevas dimensiones (regionales o planetarias) reclama propuestas cualitativamente diferentes. La democracia del siglo XX debe ser algo más que la mera participación en las microdecisiones. Y aquí volvemos a citar a J. Medina Echavarría: la legitimidad que generosamente trataban de apuntalar se deteriora al contrario sin remedio, y apenas se gana nada en la eficacia buscada, porque la técnica moderna, enormemente complicada, exige compromisos, programas y cooperaciones mancomunadas...

La integración, y más particularmente la cultural, de los países del área de América Latina y el Caribe, debe ser estudiada con perspectiva histórica, reiteramos, a través de sus fuentes, de las naciones entre ellas y dentro de los países. Sólo visto desde este horizonte tan amplio adquirirá sentido efectivo el sueño bolivariano de una Nación de repúblicas . Porque, como lo expresó en una oportunidad el ex presidente de Venezuela. Rafael Caldera, lo que buscaba la generación de los Libertadores era la integración para la independencia, no la integración para la dependencia .

Todos estos procesos evidencian, cada vez más claramente, la necesidad de reincorporar la dimensión de una ética social en el planteamiento de los procesos de desarrollo e integración de dimensiones nacionales como en los de carácter supranacional. El predominio de un individualismo desaforado o de un economicismo elemental, han constituido un serio impedimento para fortalecer las ideas de responsabilidad. Ahora bien, si la integración a escala estatal requirió (y quizás siga requiriendo) fuertes dosis de espíritu crítico e imaginación, para separar y distinguir lo necesario de lo impuesto, lo transitorio de lo perdurable, cabe suponer que hará falta no menor espíritu crítico ni porciones más reducidas de imaginación para intentar integrarse a través de las auténticas necesidades, distinguidas debidamente, de las exigidas por ajenos intereses.

El aislamiento y la autosuficiencia constituyen un peligro nada desdeñable, en cuya gravedad tampoco suele repararse. Y también aquí la experiencia histórica de nuestros países es aleccionadora. La respuesta a la cual apelaron quienes tuvieron la percepción de la amenaza del provincianismo que se cernía sobre el horizonte cultural en los países desgarrados por las guerras civiles que siguieron a la

emancipación (circunstancias que los desvinculaban del quehacer de los países centrales, con los que tampoco se había llegado a establecer vínculos demasiado estrechos o equilibrados), fue aferrarse a ideas europeocéntricas, que el aislamiento y la lentitud de las comunicaciones transmitían con atraso y vigencia amortiguada, sin advertir siempre las implicaciones que poseían los argumentos teóricos y las manifestaciones prácticas con que se los quería justificar como universales o imponer como naturales, esto es, fatales (el colonialismo decimonónico constituye una de sus manifestaciones extremas y más perversas, pues su objetivo, alegaban, no era otro que imponer la civilización, una civilización sustantiva que no consentía adjetivos limitantes). Mas detrás de ese europeocentrismo, adecuada y por momentos elegantemente racionalizado, y en ciertos casos hasta eficaz a corto plazo, y a pesar de la pluralidad de corrientes en que se bifurca, puede percibirse una intención implícita evidente; tanto como demostrar, se intenta imponer una concepción unilineal del *progreso* (como se decía durante la pasada centuria), esto es, insistiendo en todos los tonos que sólo hay un norte y sólo un camino para alcanzarlo, de donde se deduce que muy

pocos son los desvíos posibles y tolerables; más aun, tampoco podía saltarse ninguna de las etapas. En suma, el rumbo era único y por tanto ineludible. Pocos latinoamericanos comprendieron durante el siglo anterior - y quienes lo hicieron pasaron precisamente a la historia de las ideas y no tanto por su originalidad como por su espíritu crítico- que no hay un solo modelo ni una sola posibilidad interpretativa , como dijo Francisco Miró Quesada al participar en un seminario sobre América Latina: conciencia y nación . realizado en Caracas en 1976.

Por otro lado nos preocupa que haya podido llegar a pensarse- y esto por parte, a veces, de hombres serios y responsables- que una de las vías de la integración posible podía estar dada por las empresas transnacionales, que, como es harto sabido, actúan no sólo en el ámbito privilegiado de la economía y de las finanzas, sino también en el no menos importante de los medios de comunicación de masas. No advierten, o quizás prefieren no advertir, que en el mejor de los casos sería un proceso inducido desde afuera, y cuyo paradigma- implícito o explícito- responde a los intereses y objetivos de dichas empresas, intereses que por tanto ellas anteponen a los de los grupos sociales, los países o las

regiones, y van en menoscabo de la autonomía de decisión de éstos. Y en segundo lugar, más que a una latinoamericanización, ellas impulsan hacia una cosmopolitización, lo que significa la pérdida de la identidad cultural, la venta del alma por algunas bagatelas y promesas casi siempre incumplidas. En este último sentido parece poco menos que innecesario distinguir entre la admisión de valores e ideales nacionales afirmativos y el nacionalismo, que es siempre excluyente; o precisar las diferencias entre universalismo y cosmopolitismo, este último siempre empobrecedor.

En un intento de periodización por nosotros propuesto años atrás en un trabajo publicado en la *Revista de la Universidad de México*, señalábamos tres momentos principales en el proceso de desarrollo cultural latinoamericano. Llamábamos allí al primero, el de la *cultura impuesta* (período colonial); al segundo, *cultura aceptada o admitida* (predominio de las influencias extranjeras, desde la emancipación hasta alrededor de la gran crisis de 1930); y el tercero, *cultura criticada o discutida* (a partir de entonces y hasta nuestros días). Ahora bien, si aprobamos este criterio de periodización, significaría que la supuesta tendencia integracionista alentada por las empresas

transnacionales nos estaría retrotrayendo al primer momento, el que denominamos cultura impuesta, y que, como vimos, coincidía con la época colonial, que ya reputábamos superada.

Y esta penetración de la actividad de las empresas transnacionales vióse favorecido, entre otras cosas, por la mengua de la importancia del sistema de educación institucionalizada que se muestra cada vez más incapacitado para formar y transmitir valores tales como la dignidad del trabajo, la solidaridad y la responsabilidad sociales, la integración democrática. etc.; vacío que intentan llenar los medios de comunicación de masas que, a través de la información, incorporan contravalores, es decir, valores adulterados y sumergen a nuestros pueblos en la alienación de la sociedad de consumo, a la cual se subordinan tanto la cultura como el ocio, convertidos ambos en industrias cuya racionalidad sólo la determina el lucro.

Conjeturamos que el distingo entre los elementos formativos e informativos que elaboran y transmiten la educación y los medios de comunicación de masas es importante: ambos deben ser redefinidos y actualizados. Quizás un rodeo facilite el entendimiento y trascendencia de este punto.

Decía un eminente estudioso de las culturas clásicas que quien conocía bien a Homero el siglo pasado era un hombre culto, y quien lo frecuentaba en griego era entonces considerado como un hombre muy culto. Ahora bien, prosigue razonando nuestro autor, quien en nuestros días conoce satisfactoriamente a Homero en griego no puede ser juzgado como una persona muy culta, ni siquiera culta: es apenas un especialista. Estas reflexiones, a nuestro entender muy atinadas, nos introducen, aunque por indirecta vía, a uno de los temas fundamentales que preocupan e importan: qué debe entenderse por humanismo, en América Latina, en estos decenios conmovidos que estamos viviendo en vísperas del siglo XXI.

A riesgo de expresar un pensamiento con aristas heterodoxas, nos atreveríamos a sugerir que el humanismo tradicional, aquel que presume serlo, ha dejado de constituir una disciplina integradora o una vivencia formativa para ser apenas una información, de relativo interés por tanto, y esto restringido a los especialistas. Llegados a este punto de nuestro razonamiento plantearíamos otra interrogante: qué elementos específicamente latinoamericano integran ese humanismo; por qué tantos nombres europeos

(cuyo significado en modo alguno desconocemos ni subestimamos) y por qué la ausencia casi total de nombres latinoamericanos. Y no atacamos al viejo humanismo por otro flanco que lo pondría en una situación hartamente expuesta: nos referimos a su carácter abusivamente literario y artístico, y por lo general bastante ajeno a las vertientes científicas y tecnológicas que deben constituir una parte sustancial de cualquier concepción moderna del mundo y del hombre. No estamos haciendo por cierto aquí la apología del cientificismo, ni admitimos las diversas variantes de las tecnolatrías contemporáneas; pero tampoco podemos aceptar un humanismo vacío, o extraño a esos elementos. Pero retornemos al meollo de nuestro razonamiento del cual aparentemente, y sólo aparentemente, nos hemos alejado. Mal podría pretender dársele vigencia ahistórica a un humanismo, citando su mismo carácter, que se presume planetario, se torna poco aceptable dada su intensa carga de europeocentrismo y la ausencia en su conformación de los aportes de las grandes culturas asiáticas, africanas, y, desde luego, aquella que más nos preocupa en estos instantes, la nuestra, la latinoamericana. De donde podríamos inferir, y a nuestro juicio legítimamente, que la elaboración de

un genuino y renovado humanismo planetario reclama la presencia efectiva, no mediatizada, de aquellas culturas que están forjando su verdadera identidad cultural, que tratan de integrarla en una síntesis superior, que es punto de llegada y punto de partida simultáneamente, vale decir, que no se nos da hecha sino que, entre todos, la estamos haciendo, con dificultades y postergaciones, es cierto, pero también con esperanzado fervor.

Sólo en décadas recientes parece percibirse un aminoramiento de las distancias perceptibles entre la llamada cultura a secas y la cultura popular ; que este proceso sea positivo o negativo (de aculturación o deculturación), o que haya ocurrido a expensas de la pérdida de su profundidad y riqueza, es un problema ajeno a nuestro planteamiento en este lugar. Pero nos preocupa observar, por un lado, la presencia de los medios de comunicación de masas, con sus enérgicos efectos niveladores, cuyas pautas no han sido generadas-espontáneamente o en forma inducida- como respuesta a las urgencias homogeneizadoras y quizás necesidades democratizadoras, sino como copia de las elaboradas en distintos contextos, para otros pueblos y diferentes gustos. Y aquí parece ventajoso para el razonamiento puntua-

lizar que modernización no equivale a cambio; que urbanización no es igual a plena integración a la sociedad urbana; y, sobre todo, que masificar no es democratizar. Y sin proseguir acosando el tema, manifestemos nuestra opinión en el sentido de considerar que la falta de autenticidad de estos mensajes informativos (casi siempre torpemente traducidos e impuestos como fina mercancía) los convierte en factores desintegradores. El carácter ajeno de los protagonistas, la singularidad de sus mitos, usos, costumbres, aspiraciones y valores, facilitan la alienación o, en el mejor de los casos, obstaculizan la identificación con los mismos que, por tanto, serán considerados como impropios, extraños. En el debe de la industria cultural debe cargarse, pues, la pérdida o mengua de los caracteres que definen la identidad cultural.

La crisis en la que vivimos inmersos desde hace décadas tiene, entre tantas negativas, una faceta positiva: el agudizamiento del espíritu crítico, de modo que este espíritu crítico restó toda ingenuidad ante el deslumbramiento que solía someternos ante las novedades importadas desde los países centrales; y así se facilitó la comprensión de las producciones

culturales y artísticas locales, a cuyo descubrimiento y valoración contribuyó.

Tampoco puede dejarse de lado el hecho- asaz evidente- de que todos los esfuerzos que se hagan en favor de una auténtica y consciente integración (esto es, ni retórica, ni oportunista ni impuesta), depende en gran parte de la coyuntura internacional, como lo hemos podido comprobar a lo largo de los últimos decenios, cuando el clima político osciló entre la guerra fría y la distensión . Es obvio que la polarización ideológica que coincide con la primera no constituye el clima más propicio para la reflexión crítica, autónoma y flexible que sí facilita la segunda. El ya citado José Medina Echavarría, en otro importante trabajo (*América Latina en los escenarios posibles de la distensión*), escribía: ... Hoy, al cabo de bastantes años de avances, el problema de la integración ya no se ofrece en la misma forma. Frente al futuro próximo, consiste en determinar con el mayor acierto posible el repertorio de facilidades y dificultades que en el horizonte de la distensión se presentan en la busca de una regionalización de América Latina- amplia o recortada-, que le permita actuar como una entidad frente al mundo, económica por lo pronto y, eventualmente política. ¿Cuá-

les son los aspectos favorables o adversos en la tarea de poner en marcha una comunidad latinoamericana? ¿Constituye la regionalización su mejor salida frente a los problemas económicos con que se enfrenta? ¿En qué sentido es la regionalización asimismo una exigencia política? Una y otras interrogantes dentro del marco mucho más amplio de la supuesta distensión y su consecuencia: un nuevo sistema de paz y de orden económico mundiales . Y añade más adelante: Como señala el planteamiento ahora glosado, la cuestión decisiva sería en consecuencia la de determinar claramente los límites actuales y los instrumentos más adecuados para conseguir una u otra forma de regionalización. De no lograrse, cualesquiera que sean las condiciones del futuro próximo en el hemisferio y en el mundo, los países latinoamericanos serán blanco fácil del antiquísimo juego del *divide et impera*, sobre todo si sus cancillerías siguen apegadas a la tradicional inclinación por la política de seguridad y no son capaces de completarla- imposible todavía eliminarla del todo-, con el paradigma emergente de una política internacional de bienestar . Se dice aquí- y vale la pena reiterar conceptos tan sagaces como fecundos- que una de las precondiciones de una efectiva inte-

gración sería sustituir las actuales políticas de seguridad (en última instancia deterrentes) por otras de bienestar (es decir, positivas, y cuya capacidad de convocatoria nadie puede desatender).

Dejemos este aspecto, que bien merecería un tratamiento más pormenorizado, para insistir sobre el hecho de que, contrariamente a lo que suele suponerse y afirman muchos de sus críticos, el desarrollo armónico e integrado de nuestro Continente no es contradictorio en modo alguno con el de cada uno de sus países. Integrar no significa debilitar la propia identidad cultural. Aunque con relación a otro problema, escribió J. M. Keynes: No debería ser una cuestión de arrancar las raíces, sino de preparar lentamente la planta para que crezca en una dirección diferente . Dirección que no nos debe ser impuesta, sino adoptada por decisión democrática. Y más aún. muchos de los reparos que habitualmente suelen hacerse a los procesos de integración parecen impugnados de antemano si rastreamos con cierto cuidado sus antecedentes. Y traemos a colación uno solo, entre muchos recordables. En el Tratado de 1826 se establecía: Las repúblicas de Colombia, Centroamérica, Perú y los Estados Unidos Mexicanos, al identificar tan fuerte y poderosa-

mente sus principios e intereses en paz y guerra, declaran formalmente que el presente tratado de unión, liga y confederación perpetua no interrumpe ni interrumpirá de modo alguno el ejercicio de la soberanía de cada una de ellas con respecto a sus relaciones exteriores con las demás potencias extrañas a esta confederación, en cuanto no se oponga al tenor y letra de dicho tratado... Tanto del espíritu como de la letra, se desprende que nada más alejado de las intenciones que constituir un superestado que signifique una declinación de las soberanías.

Como síntesis digamos que la integración cultural de América Latina y el Caribe, requiere como trasfondo un cierto escenario y un cierto clima que favorezcan la compatibilización de la democracia entre y dentro de los países; una decidida voluntad de reinsertarnos en la gran tradición sobre el punto, y donde tampoco debe faltar una pizca de elemento utópico, fermento de las grandes realizaciones futuras.

DIALÉCTICA DE LA INTEGRACIÓN

En julio del año pasado, bajo el patrocinio de la Universidad Nacional Autónoma de México, el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos que dirige Leopoldo Zea, organizó un Simposio sobre Integración Latinoamericana: Posibilidades e Impedimentos , donde se analizaron muchos de los problemas políticos, sociales, económicos y culturales implícitos en el temario de la convocatoria. Coincidió dicho evento con el año del Sesquicentenario de la muerte de Simón Bolívar. Las deliberaciones permitieron destacar entonces los ideales de liberación e integración en la libertad de Latinoamérica .

Y ahora, como homenaje y adhesión a los actos conmemorativos del bicentenario del nacimiento del eminente humanista Andrés Bello, bajo el mismo patrocinio de la UNAM, se convoca este segundo Simposio sobre Integración Latinoamericana por la Educación y la Cultura .

Ante todo agradezcamos la cita, y la oportunidad que ella nos brinda de intercambiar ideas- en un marco de total libertad, cosa no demasiado frecuente en muchos de nuestros países- para estudiar cuestiones y circunstancias que hacen al destino de nuestro continente. Y aquí estas palabras deben vaciarse de toda retórica, para convertirlas en propuestas concretas, abarcadoras, que permitan al mismo tiempo recuperar para la inteligencia latinoamericana el predicamento y la autoridad que tuvo a lo largo de nuestra historia y en los momentos más difíciles. Ideas, nombres, instituciones- en estos momentos infortunadamente bastante desoídos- participaron siempre en la construcción del futuro, hoy no menos amenazado que ayer.

El de la integración es tan complejo proceso dialéctico que se desenvuelve en muchos planos; planteado en términos mecánicos, convencionales, o como simple expresión de deseos, puede hasta

tornarse ininteligible. Más aún, por momentos corre el riesgo de perder sentido y decir poco a nuestros pueblos.

No con propósitos explicativos, pero sí para hacer conocer las raíces y la orientación de su desenvolvimiento, para dominar el terreno y los obstáculos, siempre será útil abordar siquiera muy someramente algunas de sus ideas más generales.

Preguntemos pues, y para comenzar, cuáles son las razones que hacen que *la unidad de origen haya llevado a una diversidad de destinos y que hoy, la diversidad de desarrollos reclame la unidad de destinos.*

Por supuesto que cuando estamos hablando de una *unidad* de origen suele sobreentenderse bajo tal rótulo, un tanto equívoco, tres siglos largos de colonia. Y además, algo que está implícito en el enunciado: dicha unidad no puede considerarse tal, ya que en el fondo nadie olvida la presencia de millones de indígenas que el conquistador primero, y el colonizador después, no habían logrado incorporar satisfactoriamente a las sociedades europeas transplantadas. Es decir, debajo de esa aparente unidad latía, en potencia, una diversidad conflictiva. Y creo que el punto merece ser desmenuzado, siquiera de paso, cuando aún hoy renacen quienes predicán una

vuelta a la Colonia. Idealizándola como si ella hubiese sido, efectivamente, una sociedad integrada, orgánica, sin luchas, imagen que se pretende contraponer a la sociedad actual que, siempre a juicio de esos pensadores crepusculares, se estaría desintegrando, como consecuencia del agudizamiento de ciertos conflictos entonces inexistentes. Aparentemente sigue siendo necesario insistir en que nunca hubo período histórico alguno que no albergase en su seno contradicciones, más o menos profundas o visibles, pero contradicciones al fin. Los restauradores pretenden negar este hecho.

Aquella supuesta integración no era tal cosa: ¿Cómo podría serlo una sociedad dividida entre conquistadores y conquistados? Hubo también contradicciones entre la Corona y los encomendados, ¿quién no recuerda tantos estrepitosos conflictos, y aun enfrentamientos armados, como los que estallaron por ese motivo? También el criollo, en cierto sentido expresión de la nueva sociedad que se estaba incubando, y en parte por lo menos, su nuevo protagonista, entraba en contradicción con los intereses y valores de la oficial. Y las contradicciones señalables podrían multiplicarse. Sin propósito alguno de agotar su nómina y sin pretender tampo-

co jerarquizarlas, recordemos otras, como aquellas que oponían el importado espíritu feudal y el burgués que pronto comenzaría a insinuarse; entre la propiedad territorial asentada sobre el trabajo servil frente al comercio y la economía monetaria en dificultades y demorada expansión. ¿O acaso los monopolios comerciales y los gremios, con sus reglamentaciones y privilegios estos últimos, permitirían compatibilizar aquella sociedad con la moderna que ya se insinuaba en el horizonte?

Y dejamos otros factores para el final de esta lista de contradicciones, que determinan la dialéctica del proceso que deseamos subrayar. Por una parte el Estado, que si bien es cierto, como se ha dicho, actuaba como factor de equilibrio en la puja de intereses enfrentados y como árbitro en los innumerables conflictos suscitados, también era instrumento de represión, al servicio de su idea imperial. La enorme riqueza *extraída* (subrayemos la palabra porque indica con suficiente eficacia el carácter de toda política colonial, es decir, extractiva) del Nuevo Mundo debilitará a la larga al propio Estado español.

Por otro lado la Iglesia también considerada casi siempre sólo como factor de unidad, sometida estaba al Estado, y mediatizada por el firme ejercicio del

derecho de Patronato real, situación que generará contradicciones agudas con la Corona, y además porque el hecho de gozar de fueros será un factor negativo para la integración y homogenización de la sociedad colonial. Pero estos conflictos, por secundarios que se los juzgue, estallarán a la luz del día y adquirirán un nuevo significado durante el proceso de secularización. Dicho sea esto sin tomar en cuenta que a partir de la emancipación, y quizás ya desde antes, también comienza a modificarse la extracción social del sacerdocio, muchas veces enfrentado a la jerarquía eclesiástica por momentos aislada de su pueblo y tantas veces sólo embanderada con el pasado.

Lo que llevamos dicho persigue el manifiesto propósito de subrayar la actitud paradójica de quienes, aun en nuestros días, añoran la reconstrucción de los viejos virreinos- o en algunos casos extremos, del Imperio como unidad abarcadora- como alternativa de integración. Baste, por ahora, lo expuesto para refutar aquellas tesis trasnochadas.

Y desde otro plano, un plano que quizá nos aproxime más directamente al tema de este Simposio, digamos que la inexistencia de una política educativa orgánica trabó también cualquier unidad

profunda. La educación elemental, de la cual las Leyes de Indias no dicen una palabra, estaba confiada a los cabildos o a la Iglesia, y era limitadamente urbana, con casi total descuido de la rural. Y por otro lado la enseñanza superior, si dejamos de lado los seminarios religiosos con función profesional específica, consistía en las Reales y Pontificias universidades de la Contrarreforma, que *imponían* métodos y contenidos tomados de la de Salamanca sobre todo; así, pues, se hace evidente que pretendían formar una elite dirigente, poco vinculada al medio por no decir desvinculada de las necesidades e intereses de las regiones donde estaban instaladas, y ajenas también a las preocupaciones y a las aspiraciones de los diferentes grupos sociales allí asentados. El humanismo de los primeros tiempos, fue vaciándose paulatinamente de sentido para convertirse en una huera y presuntuosa escolástica, que utilizaba un latín enmohecido. Como enseñanza era endeble e insatisfactoria, sin raíces en la tierra, carente de fuerza explicativa y ordenadora. Aquella jerga, conjeturamos, tampoco era demasiado inteligible para los ángeles, acostumbrados como estaban éstos a las lenguas clásicas, y por consiguiente también en este sentido perdía eficacia en los estratos celestes. A

fines del siglo XVIII la institución universitaria ya estaba decididamente en decadencia, como puede demostrarse con facilidad estudiando la actividad de cualquier casa de estudios de la época: sus contenidos, métodos y orientaciones eran a todas luces disfuncionales.

El viejo tronco que se suponía integrador de la cultura estaba en realidad vacío por dentro, y pronto caerá al suelo derribado por los vendavales de las guerras de la independencia. Algunos de sus retoños brotarán convertidos en disciplinas particulares, aquellas que no habían tenido acogida por parte del mencionado humanismo pretérito, libresco y des huesado. Se hacía sentir, con fuerza creciente, la necesidad de un humanismo renovado, vitalizado, dentro del cual se integrasen los conocimientos contemporáneos, sobre todo los procedentes de la filosofía moderna, de la ciencia y de la técnica que la revolución agrícola e industrial estaba generando intensa y desordenadamente. Un humanismo no elitista, antes bien tan universalizados como democrático, homogenizador con relación a los requerimientos de las nuevas sociedades latinoamericanas. Y será ésta precisamente una de las aportaciones donde cupo a Andrés Bello papel tan sobresaliente,

y campo al cual hizo algunas contribuciones capitales. Volveremos sobre el punto.

Pero antes de proseguir, recalquemos que aquella *unidad de origen*, por las razones expuestas, y muchas otras podrían añadirse, llevaba al desmoronamiento del Imperio, y necesariamente remitía a una *diversidad de destinos*. Lo que algunos llaman desintegración, nosotros creemos era la primer etapa de la conformación de los Estados nacionales, obedeció a causas centrífugas, a plurales factores endógenos, contradicciones internas que se estaban acumulando en el seno de la sociedad colonial, y que por serlo precisamente era incapaz de integrarlos. De aquí que nos parezcan inconsistentes los argumentos de quienes sostienen que el imperio colonial fue destruido sólo por factores externos, por conspiraciones o complots. Desde luego nadie niega que los elementos y agentes externos existieron y actuaron, pero ellos fueron coyunturales y operaron sobre una realidad socavada ya por las contradicciones. Es innegable que el contrabando, por ejemplo, fue un factor de disolución, ya que por un lado minaba la estructura económica de concepción mercantilista y los intereses monopolistas, y por el otro favorecía el surgimiento de grupos de

intereses encontrados con los del régimen y más atraídos, por supuesto, por el comercio libre (por llamarlo de alguna manera). Pero tampoco olvidemos que era la política misma del Imperio español la que contribuía a esa disgregación. Tulio Halperin Donghi en su *Historia contemporánea de América Latina* ofrece elocuentes referencias, las que podrían multiplicarse: el trigo y el vino del Levante español expulsarán de Buenos Aires, a los de Cuyo . Es decir que la disolución está ínsita en la realidad misma del Imperio. En síntesis, todas las políticas coloniales conspiran siempre contra la integración, sea esta económica, política, social o cultural. Y creemos innecesario porfiar al respecto.

Por otra parte, y el punto merecería ser tratado con mayor abundamiento, la política cultural y educativa que se pretendió aplicar a las colonias quizá fuese funcional para el Imperio, pero aun así nos atreveríamos a decir que esta política tampoco fue adecuada para sus intereses a largo plazo, pues ella, entre otras consecuencias, contribuyó al deterioro de la unidad del castellano, sentando las bases para lo que después se planteó como un riesgo: la fragmentación lingüística.

Gastón Carrillo Herrera, en un trabajo sobre El español de América: Unidad, diversidad, situación y perspectivas actuales . discute la tesis de Cuervo, quien se mostraba, como es sabido, alarmado por la semejanza que advertía entre la evolución del latín y el castellano.

El argumento es defectivo. Entre ambas situaciones lingüísticas (e históricas) se dan diferencias notables, esenciales: la situación histórica que configura el desarrollo latinoamericano difiere profundamente de la del Imperio Romano en el momento de la fragmentación del Imperio. El desarrollo histórico de la Romania llevó de la unidad imperial a la fragmentación feudal, en la que se halla implícita la diversificación espiritual y lingüística. Los habitantes del Imperio dejaron de sentirse miembros solidarios de una misma comunidad histórica, con intereses, ideas y modos de vida sensiblemente comunes... En cambio en América Latina, a pesar de su balcanización se configuró un proceso que llevaba a la formación de Estados nacionales que precisamente terminan con los aislamientos feudales . En suma, nos atreveríamos a decir que fueron los Estados nacionales que surgen después de la emancipación los que salvan al español de la fragmentación que lo

amenazaba como resultado de la política de aislamiento y falta de intercomunicación a que estaban sometidas las colonias.

Más todavía, otro argumento podríamos añadir: los regímenes coloniales, necesariamente, forzosamente, llevan a fracturar las lenguas en otro plano, no sólo geográfico o regional, nos referimos a la división entre lenguas cultas y lenguas populares, entre las cuales se va dibujando un abismo cada vez más profundo: así, en el Virreinato del Perú compárese a Pedro de Peralta Barnuevo con Juan Caviedes. Y sólo la emancipación podrá prestar la argamasa que permita unificar, integrar la lengua. En la Argentina, por ejemplo, los cielitos de Bartolomé José Hidalgo y la poesía neoclásica de Juan Cruz Varela aportan desde vertientes distintas, pero no encontradas, su contribución parcial a la nueva literatura nacional.

Y aquí, aún a riesgo de desordenar nuestra exposición, diremos que nuestra cultura no se integra, como ambicionan los retrógrados puristas, con una lengua desvinculada de la realidad, de las exigencias y de los aportes que reclaman las nuevas circunstancias; estos conservadores de la lengua son descendientes directos de aquellos que al cielo clamaban

por el abandono del latín y menospreciaban el español.

La lengua es para Bello- escribe Ángel Rosenblat- el instrumento de la formación cultural , criterio éste que explica satisfactoriamente el papel atribuido por el autor de *Alocución a la poesía* a la enseñanza de la misma en todos los niveles del sistema educativo. Cuando propone la creación de una cátedra de gramática castellana separada de la de gramática latina ya existente, está afirmando una posición racionalista y moderna frente a quienes, si estimaban legítimo ocuparse de la lengua de Virgilio, en cambio se oponían a que se hiciese otro tanto con la de Cervantes, argumentando que ésta, la materna, se aprendía naturalmente , por lo que se tornaban innecesarias reglas y normas. (El latín y la memoria no bastaban, por lo menos a juicio de Bello, para cimentar una buena educación moderna.) Al dar autonomía a la enseñanza del español y legislar sobre la materia recurriendo a nuevos métodos, científicos ahora y no espontaneístas, o rutinarios, logra recuperar para nuestro idioma la flexibilidad y galanura que, de otro modo, no podría haber alcanzado si hubiese seguido sujeta al latín, o abandonada a sus propias fuerzas. Así pues, las

ideas de Bello en la materia contribuyeron a emancipar nuestro instrumento de comunicación; mas para él, recordémoslo, emancipación en modo alguno significaba necesariamente ruptura, sino recuperación, en otro plano, de una continuidad creadora: su *Gramática*, más avanzada entonces y quizás todavía hoy que la de la Academia, ilustra suficientemente esta posición.

Y Ángel Rosenblat, quien desde su Instituto de Filología Andrés Bello, tanto hizo por continuar, enriquecer y actualizar las enseñanzas del maestro venezolano, escribe que en estos momentos no se pueden plantear los problemas culturales o lingüísticos sobre bases de hegemonía o subordinación . porque ahora los problemas son más complejos:

Estamos presenciando, en toda Hispanoamérica, el ascenso vertiginoso de las capas inferiores de la población, que irrumpen animadas legítimamente por apetencias nuevas. Y aún más, amplios sectores, tradicionalmente sedentarios, abandonan sus tierras y se asientan en la periferia de las grandes ciudades. ¿No hay allí un peligro inminente de ruptura de nuestras viejas normas, de relajamiento del ideal expresivo? El peligro es real, pero eso quiere decir que la cultura tiene hoy imperativos más perentorio-

rios, más dramáticos. La unidad de la lengua española sólo puede ser obra de la cultura común. Y entiendo por cultura común, más que la adoración del tesoro acumulado por los siglos, la acción viva, permanentemente creadora, de la ciencia, el pensamiento, las letras.

Esta mención a las ideas de Andrés Bello y esta larga referencia a las de estudiosos contemporáneos como los citados, indican cuál es el criterio adecuado para una integración de la lengua, que es algo mucho más serio que lo que se proponen los estrechos puristas cuando postulan una verdadera jibarización de la lengua y olvidan también aquella exclamación del P. Feijoo que precisamente nos recuerda Rosenblat: ¡Pureza! ¡Antes se debería llamar pobreza, desnudez, miseria, sequedad! Y para terminar sobre este punto digamos que la unidad (no la identidad) no se alcanzan recortando, achicando, empobreciendo, para llegar a un castellano básico, armónico, sino abriendo las compuertas a los creadores, que pueden ser tanto el pueblo anónimo como los artistas, factores imprescindibles para llegar a aquel idioma nuevo que Julio Cortázar postulaba hace varias décadas.

Y evidentemente también aquí podrá afirmarse que la integración es de signo democrático.

Retornemos ahora otra vez a la dialéctica de la integración que propusimos desde el título de este trabajo; recapitulando, pues, digamos que de los elementos enunciados quizá pueda inferirse porque aquella unidad de origen, con las peculiaridades que tuvo, condujo necesariamente a la diversidad de destinos; y ahora, veamos algunos de los factores que sí podrán permitir alcanzar aquella *unidad de destino*, pese a la *diversidad de los procesos de desarrollo*, tal como ellos se manifiestan en este último largo siglo y medio de azarosa vida independiente.

Este punto podría comenzarse abordando el papel del Estado durante el período independiente, y analizar cómo actúa éste para afirmarse primero y proyectarse luego; qué rasgos adquiere cuando se conforma a la nueva situación internacional con el modelo de crecimiento hacia afuera inducido a partir del momento de su incorporación al mercado mundial; o su perfil cuando opta por otro distinto de crecimiento hacia adentro, habida cuenta de que estas formas puras no se dan nunca en la realidad; y además será preciso ponderar qué gravitación tienen en su seno los diversos grupos socioeconómicos y

políticos, sin descuidar por cierto los intereses extranjeros. Pero ello, infortunadamente, estaría fuera de lugar hacerlo aquí, pues nos llevaría a plantearnos innúmeros problemas, desde el proceso de elaboración de las legislaciones nacionales hasta el papel del Estado en el desarrollo, tomado este último en su sentido más amplio.

Pero temas hay que sí creemos insoslayables, pues expresamente los reclama el temario de estas jornadas: el de la educación y la cultura.

El peso de la tradición dificultó durante la primera mitad del siglo XIX la consolidación de sistemas educativos nacionales, aunque mayor importancia quizás haya tenido la situación socio-política que siguió a las guerras de la independencia, a las civiles que las siguieron en casi todos los países, con el consiguiente empobrecimiento del erario público y la postergación de muchos proyectos.

La Integración y la conformación orgánica de los Estados nacionales reclamaba, necesariamente, superar la anarquía heredada en materia de enseñanza elemental, ya que estaba ésta a la deriva, manejada algunas veces por los municipios, otras por las provincias, bien pocas por el gobierno central; de todos modos, insignificantes eran numérica-

mente hablando las escuelas públicas al lado de las privadas, predominantemente religiosas. Y a su lado, una educación superior que, para formar los técnicos, profesionales y funcionarios que a la sazón se necesitaban debía negar la vieja universidad colonial, con su enseñanza adjetiva, libresca y disfuncional. Durante la primera mitad del siglo XIX al cual continuamos aludiendo, se registran no pocas iniciativas de estructurar el sistema educativo en su conjunto como las de José María Vargas, quien contó con el amplio respaldo de Simón Bolívar. Otro esfuerzo contemporáneo, de levantadas intenciones, fue el del grupo rivadaviano en Buenos Aires, aunque desdichadamente de actuación efímera, si bien la creación de la Universidad constituyó un hito muy importante para la nueva tradición republicana que comenzaba a forjarse.

Pero creemos que ninguna de ellas tuvo la organicidad de las propuestas de Bello, en el hoy célebre discurso, pronunciado en oportunidad de la instalación de la nueva Universidad de Chile, donde podemos encontrar parte significativa de sus ideas sobre la materia, y que al mismo tiempo refleja su ahincada reflexión sobre los alcances sociales y los problemas específicos que se planteaban, en aquel

momento y en aquel medio, es decir, bien ancladas en la realidad.

Citemos pues a Bello:

Las universidades, las corporaciones literarias, ¿son un instrumento a propósito para la propagación de las luces? Mas apenas concibo que pueda hacerse esta pregunta a una edad que es por excelencia la edad de la asociación y la representación; en una edad en que pululan por todas partes las sociedades de agricultura, de comercio, de industria, de beneficencia; en la edad de los gobiernos representativos. La Europa, y los Estados Unidos de América, nuestro modelo bajo tantos respectos, responderán a ella . Replicaba de este modo a quienes, como lo recuerda Miguel Luis Amunátegui, por entonces sostenían aun el peregrino criterio de que la instrucción deprava en vez de mejorar el alma, y alienta las pretensiones quiméricas y perniciosas, en vez de estimular hacia las tareas tranquilas y honradas . Y prosigue Bello: Si la propagación del saber es una de sus condiciones más importantes, porque sin ella las letras no harían más que ofrecer unos pocos puntos luminosos en medio de densas tinieblas, las corporaciones a que se debe principalmente la rapidez de las comunicaciones literarias, hacen

beneficios esenciales a la ilustración y a la humanidad. No bien brota en el pensamiento de un individuo una voluntad nueva, cuando se apodera de ella toda la república de las letras. Los sabios de la Alemania, de la Francia, de los Estados Unidos, aprecian su valor, sus consecuencias, sus implicaciones. En esta propagación del saber, las academias, las universidades, forman otros tantos depósitos, adonde tienden constantemente a acumularse todas las adquisiciones científicas; y de estos centros es de donde se desparraman más fácilmente por las diferentes clases de la sociedad. La Universidad de Chile ha sido establecida con este objeto especial. Ella... será un cuerpo eminentemente expansivo y propagador .

Pero esta preocupación por la enseñanza superior o universitaria en modo alguno significaba para Bello descuido o relegamiento de la de primer nivel:

Yo ciertamente soy de los que miran la instrucción general, la educación del pueblo, como uno de los objetos más importantes y privilegiados a que pueda dirigir su atención el gobierno: como una necesidad primera y urgente; como la base de todo sólido progreso; como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas .

Fuera de lugar estaría aquí por cierto exponer, como un todo, el ideario educativo de Andrés Bello; pero sí subrayar aquellos aspectos que se vinculan al propósito de este Simposio. Una concepción orgánica, articulada de todos los niveles; un humanismo donde las ciencias desempeñan un papel fecundo; una concepción política que creía que la integración de nuestros países podía darse a través de la educación, de la legislación y el comercio.

Forzando un poco el ritmo de esta exposición, diríamos que los nuevos problemas que hoy se nos plantean para consolidar los Estados nacionales y posibilitar su paulatina integración, reclaman como exigencia insoslayable una mejor articulación de los sistemas educativos, amenazados por las tendencias privatistas que, entre otras cosas, desfavorecen precisamente esa articulación y en cambio ahondan crecientes diferenciaciones sociales.

Ahora bien, los sistemas educativos necesarios para formar al hombre que América Latina requiere, deben ser democráticos en su reclutamiento, en su estructura, en sus concepciones, en su contenido y en su gestión, y para ello es preciso abordar con imaginación renovada aquello que ya postulaba el llamado Plan Wallon, formulado, como todos

recuerdan, en aquel clima estimulante de la inmediata postguerra. Es decir, formación del *individuo*, a través de la *enseñanza cultural*; formación del *productor*, a través de la *enseñanza profesional*, y formación del *ciudadano*, a través de la *enseñanza social y política*. Toda vez que, con mayor o menor precisión, con mayor o menor fervor, se haya apuntado hacia esos objetivos, surge la dimensión latinoamericana, es decir una dimensión integradora de las nacionalidades, detrás de ideales comunes y movilizadores, y cuyos efectos de propagación son realmente insospechados. ¿Hace falta citar aquí, por ejemplo, las tantas veces recordadas palabras del encabezamiento del llamado Manifiesto Liminar del 21 de junio de 1918, de la Reforma Universitaria, cuando proclama La juventud argentina de Córdoba, a los hombres libres de Sud América ? Como se advierte, los destinatarios de aquellas esperanzas eran los hijos de todo el continente.

Y para terminar permítasenos citar algunos conceptos por nosotros ya expuestos en otra oportunidad, y que también hacen a la dialéctica de la integración. En primer término, para destacar que todos los esfuerzos que se hagan en favor de una auténtica y consciente integración (esto es, ni retóri-

ca, ni oportunista, ni impuesta), depende en gran parte de la coyuntura internacional, como lo hemos podido comprobar a lo largo de los últimos decenios, cuando el clima político osciló entre la guerra fría y la distensión. Es obvio que la polarización ideológica que coincide con la primera no constituye el clima más propicio para la reflexión crítica, autónoma y flexible que sí facilita la segunda. Sólo una actitud ingenua, por no decir suicida, puede suponer que un conflicto bélico generalizado facilitará la integración, antes bien. ahondará y agudizará las diferencias.

Y reiteramos también nuestra opinión, cuando decíamos que los basamentos mismos de todo esfuerzo de integración entre países (y, por supuesto, que aquí nos interesa particularmente la referida a América Latina y el Caribe) puede verse amenazada, tanto por el carácter asimétrico que hoy revisten dichas relaciones, como por los regímenes antidemocráticos internos. Dicho más claramente, los arduos y de todos modos insuficientes trabajos realizados hasta hoy en favor de la integración (sea ésta económica, política, educativa o cultural) no deben quedar expuestos a la fragilidad de los resultados que se derivan de las decisiones de gobiernos

de representatividad dudosa o discutible, los que, en última instancia, mal pueden convertirse en los heraldos de una democracia efectiva en las relaciones entre los países, cuando tampoco contribuyen a consolidarla fronteras adentro. Ni puede declamarse un Nuevo Orden Internacional si no se lo compatibiliza con políticas de efectiva redistribución de bienes, sean éstos económicos o culturales, y también de los derechos y garantías para la persona humana. Así deberían plantearse varias exigencias: *consenso, legitimidad y eficacia*, sobre las cuales habría que reflexionar con el mayor cuidado para darles un contenido distinto del de la democracia del siglo XIX- tan ayuna de contenido social- y concebida en dimensiones nacionales, y que si bien en su momento hizo una notable contribución a consolidar los Estados, probablemente no ofrezca ahora las mejores y mucho menos las únicas respuestas para los actuales requerimientos, que, dadas las nuevas dimensiones (regionales o planetarias) reclaman propuestas cualitativamente diferentes.

En síntesis, hoy como ayer, la integración de América Latina y el Caribe, necesita como trasfondo un cierto escenario y un cierto clima que favorezcan la compatibilización de la democracia dentro

y entre los países, para sentar las precondiciones que permitan convertir en realidad el viejo sueño de tantas generaciones.

COMUNIDAD DE DESTINOS

En el Simposio acerca de la Integración Latinoamericana por la Educación y la Cultura, convocado por la UNAM, en México, en oportunidad del bicentenario del nacimiento de Andrés Bello, nos planteamos cuáles fueron las razones que hicieron que la unidad de origen- sobre la cual tantos lugares comunes suelen formularse y tanta retórica abunda- haya llevado a una diversidad de destinos, y que hoy esa misma diversidad de desarrollos esté reclamando una unidad de destinos o, como preferimos decir hoy, una *comunidad de destinos*. Renovados son los factores que estimulan una reflexión sobre el tema; para empezar, el Quinto Centenario del Encuentro de Dos Culturas, la formidable Revolución científi-

ca y tecnológica en la cual estamos inmersos y que dará un panorama totalmente diferente de nuestro mundo dentro de unas décadas, y cuyos rasgos sobresalientes ya intuimos y sentimos. Las dramáticas mutaciones registradas en los países de Europa Oriental en los últimos tiempos, y también, ¿por qué no recordarlo?, el Bicentenario de la Revolución Francesa, han contribuido a su vez a repensar muchos problemas que interesan a los pueblos marginales en sus relaciones políticas con las metrópolis, y la efectiva validez de las declaraciones universalistas, cuando ellas son proclamadas desde los centros y sin el asentimiento de los pueblos postergados.

Dentro de este espíritu señalábamos que, debajo de aquella aparente unidad de origen latía, en potencia, una diversidad conflictiva puesta de manifiesto a través de contradicciones entre la civilización aborigen y la europea, entre los intereses de la Corona y los de los encomenderos, entre españoles y criollos, entre el monopolio y las nuevas fuerzas productivas trabadas en su desenvolvimiento; una concepción del mundo, la de la Contrarreforma, insatisfactoria para abarcar la inédita y compleja realidad, los nuevos hombres y problemas desconocidos. Es lo que

nosotros llamamos *cultura impuesta*, característica esencial de todo régimen colonial.

El estallido de esas contradicciones nos remitió a una diversidad de destinos que la Colonia, por motivos que mal podemos entrar a dilucidar aquí, no estaba en condiciones de mantener integrados. La conformación de los nuevos Estados emergentes de los procesos emancipadores se hace desde dentro y se induce también desde fuera; fuerzas centrífugas y centrípetas actúan a partir del momento de nuestra incorporación al mercado internacional de mercancías, ideologías y valores. Es éste el momento que denominamos de la *cultura aceptada o admitida*, vale decir que hechas las honrosas salvedades del caso- acatábamos sus ideas, pautas y concepciones, y muchas de las graves consecuencias económico-sociales que de ellas se inferían; así la división internacional del trabajo, que lleva de este modo a fraccionar el mundo en países productores de materias primas e importadores de manufacturas, generadores de conocimientos y aplicadores de esos mismos conocimientos. Pero esto, en última instancia, implicaba pueblos inferiores y pueblos superiores, pueblos avanzados y pueblos atrasados, sea desde el punto de vista económico, biológico o

cultural, lo que implícitamente a su vez acarrea frustraciones y fatalidades plurales. Durante este segundo momento se fortalece una decidida concepción europeocéntrica, marginalizadora y excluyente.

Luego de la crisis de 1930, aquel modelo instaurado a su vez entra en colapso. Las relaciones naturales y lógicas comienzan a desintegrarse en mayor o menor grado, aunque algunos síntomas ya hacían presentir ese resquebrajamiento desde años antes, así las intuiciones de ciertos intelectuales muy sensibles y perspicaces: el espíritu crítico siempre se anticipa. Pero la magnitud de la crisis se ahonda, pues ya no se trata sólo de las naciones emancipadas durante el siglo XIX las que deben redefinir su inserción en el desquiciado contexto internacional; después de la Segunda Guerra Mundial irrumpen decenas de países nuevos, hasta entonces coloniales o dependientes, cuando no llamados eufemísticamente protectorados, situación ésta que trastorna todo el mapa político y también, ¿podía ser de otro modo?, de las ideas y de la cultura del planeta. Este momento, un verdadero rompecabezas con piezas de muy desigual tamaño y muy diferentes valores y fuerzas, es el que designamos como el de la *cultura*

criticada o discutida, precisamente por carecer de un modelo paradigmático que sirva de punto de referencia, no digamos único, pero sí aproximado; el acatamiento de las mencionadas pautas tradicionales constituía en sí mismo ya un anacronismo.

Ahora bien, todas estas etapas a su vez están signadas por contradicciones ínsitas que, en el campo más estricto de las ideas que es el que aquí nos importa señalar, se caracteriza por su esfuerzo, admirable por cierto, por comprender la originalidad de la realidad existente; es la actitud crítica que advertimos, por ejemplo, durante el comienzo mismo de la Colonia, en un Bartolomé de Las Casas, precursor, entre nosotros, de los derechos del hombre; en Vasco de Quiroga, labrador de su dimensión utópica y quien sigue venerado aún en nuestros días; en Bernardino de Sahagún, padre de las ciencias del hombre y adelantado de las ideas de pluralismo cultural o en el jesuita ilustrado Francisco Xavier Clavigero, defensor acérrimo de la dignidad de nuestros pobladores indígenas y también de la dignidad de la Naturaleza americana, menoscabadas por hombres como De Pauw, y tantos otros sabios .

Durante el segundo momento, y dejando de lado por suficientemente conocidas las ideas de los libertadores, recordemos un puñado de pensadores como Andrés Bello, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, etcétera, quienes se preocuparon y lucharon también por la *emancipación mental*.

Para el tercer momento, es decir el esfuerzo por latinoamericanizar nuestros países, por zafarnos de las ideas europeocéntricas que se aceptaban como moneda corriente de admitido prestigio y valor de cambio, contra la nuestra injustamente más desmerecida que devaluada, mencionaremos aquí los nombres de José Vasconcelos y José Ingenieros durante las primeras décadas de la centuria, más tarde José Carlos Mariátegui y Leopoldo Zea en los últimos decenios; y no es casual la creciente influencia ejercida por estos dos últimos en la toma de conciencia de la especificidad de nuestros problemas, su crítica al europeocentrismo excluyente, y cuyo pensamiento tiene clara proyección política; por eso los admitimos como referencia, sin que ello signifique olvidar hombres como Pedro Henríquez Ureña, de influencia más ceñida quizás a lo específicamente cultural. En Mariátegui, como en Zea, lo cultural se integra en lo político, tomado este concepto en el

sentido más trascendente del vocablo. Por eso Zea precisamente expresó que nuestro tiempo contemporáneo requiere una lectura política del futuro de nuestros países, sin menoscabo de las peculiaridades nacionales, y demuestra su capacidad de construir mecanismos globales de acuerdo y concertación . Es lo que nosotros denominamos el esfuerzo integrador por forjar una comunidad de destinos.

Mas para tener una clara idea del clima espiritual contra el cual debieron reaccionar y los prejuicios que precisaron disipar, permítasenos desandar un tanto y reflexionar acerca de la imagen del mundo. Y esto importa, a nuestro juicio, porque nuestro razonamiento apunta a desentrañar las causas que traban el desenvolvimiento de nuestras ideas latinoamericanas, a entender esa comunidad de destinos a la cual nos estamos refiriendo con machacona reiteración.

Como muchas de las ideas críticas y liberadoras a las que nos estamos refiriendo, por fortuna están o ya se están incorporando al bagaje intelectual latinoamericano, solemos olvidar cuan nuevas son y cuánto costó imponerlas. Retrocedamos en el tiem-

po y veamos, como ilustración de lo que estamos diciendo, algún ejemplo para reflexionar.

En 1937, el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, organismo especializado de la Sociedad de las Naciones y precursor de la actual UNESCO, publicó un libro titulado *Hacia Un nuevo humanismo*, donde se recogen trabajos y debates de un grupo muy representativo de los intelectuales de la época. Entre los asistentes, mencionaremos los nombres ilustres de Georges Duhamel, Joseph Hui-zinga, Salvador de Madariaga, Thomas Mann. Jean Piaget, Paul Valery, y algunos otros, entre los cuales se contaba un solo norteamericano. Un simple análisis de la nacionalidad de los participantes nos advierte la total ausencia de latinoamericanos, africanos y asiáticos. Vale decir, se observa la comparecencia casi excluyente de europeos, quienes, como de su lectura se infiere, pretendían ser representativos de los intereses y aspiraciones de todo el mundo y trataban de legitimar esa posición de privilegio. Alguno hasta llegó a hablar de pueblos exóticos al referirse a los pueblos extraeuropeos, y por su lado Salvador de Madariaga intentó introducir, tímidamente y sin éxito, referencias a la cultura asiática. En suma, del volumen se desprende un es-

píritu etnocéntrico, provinciano en el fondo, indiferente a aquella sagaz recomendación de un pensador francés del siglo XVIII, el fisiócrata P. S. Dupont de Nemours, cuando alertaba sobre los riesgos implícitos en la actitud de confundir nuestro horizonte mental con los límites del mundo.

Y con referencia a las inquietudes acerca de las repercusiones de la ciencia y de la técnica sobre la sociedad y las ideas- punto expresamente enunciado en el temario- aceptaban darse por satisfechos con las recomendaciones de uno de ellos, quien insistió sobre el mejor conocimiento de Euclides y, sobre todo, de la Geografía, que conduce al estudio de la vida social, como si esto último pudiese compensar la estrechez de su *Weltanschauung*. Esto, insistimos, hace ¡apenas un poco más de medio siglo! A primera vista, las sensacionales contribuciones de A. Einstein y M. Planck, para citar sólo dos gigantes, podían ignorarse, pues poco y nada parecían tener que ver con la concepción de mundo y la del humanismo.

En la mayoría de los trabajos, como cabía conjeturar, se recomienda intensificar la enseñanza y profundizar el conocimiento de las lenguas clásicas, griego y latín, en especial de la segunda, como ins-

trumento idóneo además para superar las dificultades e incomprendiones, convirtiéndola en una lengua franca de una Europa lingüísticamente fragmentada. Del sánscrito, por supuesto, ni noticias; no se recuerda su existencia y por tanto tampoco su innegable carácter formativo y que su área de influencia abarca cientos de millones de seres humanos.

Desde otro ángulo, no menos llamativo, juzgamos la ausencia de la palabra *crisis* (hoy convertida casi en lugar común) y que según nuestro escrutinio sólo se menciona en uno de los trabajos presentados.

Es propósito nuestro, más que rescatar consideraciones y opiniones sagaces, que allí se expusieron por cierto y abundantes. Indicar sus limitaciones más generales advertidas; aludimos a las dificultades conceptuales para concebir *una efectiva universalidad e integrar los conocimientos científicos al humanismo*.

Seguían enredados en una sublimación del humanismo limitadamente libresco pero sobre todo europeocéntrico, europeocentrismo que, conveníamos, constituía una prematura e ilegítima universalización, que es algo bien distinto de una auténtica universalidad, hoy cada vez más factible si posee-

mos el coraje intelectual de desembarazarnos de prejuicios arcaicos y sofocantes lugares comunes y nos asomamos al vértigo de nuestro mundo actual. Además, advertirnos en aquel humanismo caracteres por momentos demasiado apolíticos e incapaces de asimilar los dionisiacos que caracterizan nuestro tiempo.

Otro ejemplo que podríamos traer a colación sería una *Historia de la cultura occidental* donde nuestra América queda relegada al Oriente por diferentes razones, inaceptables todas ellas, y que aquí no podemos criticar en todos sus detalles.

La muy desigual distribución de la riqueza, del poder, del conocimiento, que caracterizó siempre las diversas etapas de la historia, vuelve a repetirse hoy, agravada, y es uno de los aspectos que más preocupan a nuestros países. Las sociedades hegemónicas han alcanzado niveles de desarrollo que muy difícilmente podrán lograr nuestros países en tanto perduren estas desigualdades e injustos puntos de partida, esta despareja inserción en el concierto internacional. Las mencionadas divergencias no son naturales ni son fatales, sino que están históricamente condicionadas. Por ello constituye uno de los desafíos que debemos asumir para desentrañar

cuáles son los obstáculos, cuáles los impedimentos materiales y espirituales, para superarlos.

Hablemos ahora de lo que nos afecta más de cerca; nuestros países latinoamericanos, durante siglos marginales a las grandes decisiones y a los que hoy, por una vergonzante conmiseración catalogadora, se nos distingue como en vías de desarrollo : o si procuramos estar más al día, advertiremos que aparecernos como países deudores o endeudados .

A todo esto deberíamos sumar lo que diversos órganos de las Naciones Unidas han acordado en llamar la deuda social , es decir, la carga dramática a que están sometidos nuestros pueblos por la postergación en satisfacer sus necesidades básicas en materia de alimentación, vivienda, salud, educación, empleo, etcétera. Dicha deuda social , a la cual todavía no se le ha prestado suficiente atención, y que en bien pocos casos se ha intentado cuantificar adecuadamente, es tanto o más grave que la deuda financiera externa e interna que tienen nuestros países.

En suma, nuestra comunidad de destinos en gran parte se vinculará a la capacidad de los países latinoamericanos por hacer reconocer que esa

deuda social no sólo genera tensiones, rebaja dramáticamente los niveles de existencia y constituye una amenaza; simultáneamente traba, encarece y entorpece el desarrollo más equitativo de nuestras sociedades.

Con la brevedad que las circunstancias imponen, recordemos que gran parte de la crisis contemporánea cabalga sobre una constelación de ideas que están haciendo agua desde hace tiempo. Nos referirnos, más en particular, a la supuesta universalidad de muchas categorías mentales empleadas, que no son otra cosa que una engañosa y prematura proyección de ciertas ideas europeocéntricas, las que sólo expresan una de las tantas variedades de etnocentrismo que caracteriza el proceso histórico de la humanidad. Distintas razones han contribuido a intensificar el desarrollo desigual, el que, sobre todo desde hace medio milenio, ha beneficiado a determinados países hoy llamados centrales, y no han sido por cierto la menor de sus causas la ocupación y la explotación de lo que más tarde llamaríamos los imperios coloniales. Sin entrar en mayores sutilezas e innecesario es abordarlas aquí- recordemos que las riquezas extraídas de América posibilitaron fortalecer ese europeocentrismo, y al mismo tiempo dicho

europocentrismo, que algunos llaman Occidente, se fue consolidando marginándonos y endeudándonos material y espiritualmente.

Ahora bien, a partir de la segunda posguerra, comienza a ponerse cada vez más seriamente en duda el valor universal de dichas ideas o categorías que, insistimos, no eran otra cosa que occidentales. Los pueblos de la periferia comenzaron a descreer de su validez, observaron ciertos falseamientos, y contribuyeron primero a relativizarlas para más tarde discutir las o negarlas. No estamos objetando, adviértase bien, dichas ideas por ser occidentales, como nadie pretende impugnar otras ideas por ser americanas, asiáticas o africanas; lo que queremos significar es que se discuten porque pretenden ilegítimamente ser universales, desatendiendo las particularidades. Es decir, se fueron elaborando primero con descuido de las características, las necesidades, las modalidades, las especificidades de las restantes regiones del globo; y luego se trató de imponerlas, marginándonos como protagonistas y como creadores. Así como nos parece poco lógico hablar de la comunidad internacional como de un todo orgánico e integrado sin intereses contrapuestos (cuando en la práctica se pretende marginar a la gran mayoría de

la población mundial), advertimos cuan ilegítimo es hacerlo cuando se desatienden los requerimientos de los países del resto del planeta. Las necesidades, o las urgencias si se quiere mejor, democratizadoras del ámbito nacional de aquel siglo XVIII en Francia, al cual aludimos, se asemejan a las necesidades y a las urgencias democratizadoras del ámbito internacional. También nosotros queremos dejar atrás, con urgencia, este *Ancien Régime* que estamos viviendo; necesitamos también dejar atrás las desigualdades y los supuestos fatalismos para alcanzar un nuevo Orden Internacional, con democracia, con desarrollo y con equidad. Y sin tener que atravesar el invernadero de una nueva Santa Alianza con fachada modernista.

La honda crisis en la cual estamos sumergidos, que es-ninguna duda cabe al respecto, ni se interprete que recurrimos a una calificación retórica o efectista- la más profunda que registra la historia de la humanidad, tanto por su extensión, como por su espesor, como diría Braudel, abarca todos los pueblos y todos los estratos sociales. Ahora bien, esta particular circunstancia implica a su vez un desafío para recomponer, realmente, una nueva y más efectiva universalidad que no desvirtúe su identidad y al

mismo tiempo asegure su participación como protagonistas. Un mundo que por lo menos pretenda irse integrando no puede admitir marginales ni postergados; y la historia de la civilización debe reconocer a todos los pueblos sus aportes y sus derechos a forjar un destino propio.

Y para finalizar, citemos a Théophile Obenga, historiador africano, quien sostiene que debemos contribuir, entre todos, a desalienar la cultura mundial, es decir, reconocer los errores y las flaquezas, llámense éstas conformismos universitarios, tabúes académicos, tradiciones paralizantes, egocentrismos o falsos sentimientos de superioridad.

Sólo esta actitud nos permitirá identificar todos los patrimonios históricos y culturales, sin falsificaciones ni excepciones, sin mala fe y sin acrimonia. Veamos nuestras semejanzas porque todos estamos amasados de tiempo y de historia, de tiempo de historia .

MARGINALES Y ENDEUDADOS

La historia no se ocupa del pasado.

Le pregunta al pasado cosas
que le interesan al hombre de hoy .

José Luis Romero

Nuestros países latinoamericanos fueron, durante siglos, marginales a las grandes decisiones, y hoy con cierta vergonzante conmiseración catalogadora se nos distingue como en vías de desarrollo ; o si procuramos estar más al día, por lo menos en materia de calificaciones y valoraciones, se advertirá que aparecemos simplemente como países deudores o endeudados. Aquella marginalidad a la que aludimos prolongóse por un lapso que excedió, con cre-

ces, el de su carácter colonial y dependiente, y del cual embarazoso aunque no imposible parecía zafarnos. Las dificultades suelen incrementarse cuando queremos enfrentar ese desafío que mal puede desvincularse de situaciones insuficientemente ponderadas, y aspiramos a transformarnos en protagonistas con derechos y voces propias. Todas estas denominaciones- nos referimos, claro está, a la de marginales o a la de deudores - siguen vigentes y adquieren un claro sentido político, económico y, por extensión, suelen aplicarse a las esferas culturales, educativas y artísticas. A esto se refiere precisamente la convocatoria cuando señala los problemas originados en esta historia. Admitamos su tendenciosa inexactitud, pero no por ello debemos dejar de reconocer que pesan sobre nuestro destino como una fatalidad. Aludimos, entre otros, al significado de las estructuras productivas coloniales, cuyo carácter extractivo y depredador no era apreciado oficialmente de manera adecuada por las metrópolis; aunque se aceptaba que desempeñaban un papel significativo en la formación de la riqueza del Viejo Mundo. No en balde la bandera del comercio libre, como disolvente de las formas monopólicas, constituyó un ardid que los contrabandistas ayudaron a

difundir. Lo que se estaba atacando era un modelo impuesto exógenamente, cierto es, pero no para liberarnos de él sino para sustituirlo por otro no menos exógeno o impuesto; estábamos inermes entre los intereses y designios de potencias imperiales. Algo bastante parecido ocurre hoy con la sociedad de consumo que nos predicán las llamadas industrias culturales, con vehemencia digna de mejores causas, a través de los medios de comunicación social no autorizados para acuñar valores o paradigmas, como tampoco en su momento lo estaban (en apariencia) los corsarios o filibusteros. ¿O había, preguntémonos con disimulado candor, intereses debajo de aquella y de esta prédica?

Ahora, en cambio, hay claro consenso de que estamos frente a una encrucijada decisiva del desarrollo en medio de una crisis turbadora que simultáneamente nos impele a cambiar de rumbo. Nada fácil es, convengamos, encontrar caminos en medio de la tormenta, cuando simultáneamente urge cambiar, por inadecuado, el instrumental de navegación; pero tampoco sería inteligente persistir por derroteros que conducen hacia callejones sin salida o espejismos. ¿Debemos forzar las máquinas para arribar a los puertos que otros nos han asignado, o será pre-

ferible escoger nosotros los puntos de recalada? O formulado con palabras más claras: los objetivos de nuestro desenvolvimiento debemos establecerlos nosotros mismos, y para ello forjarnos un diferente arsenal de conceptos, vale decir, se torna indispensable reemplazar el hasta ahora utilizado. Alcanzar nuevos puertos con otros instrumentos reclama un desafío portentoso, una fuerte dosis de imaginación, todo lo cual exige repensar nuestra historia y concebir otras metas.

¿Qué sentido adquieren estas reflexiones cuando nos aprestamos a un sinceramiento reflexivo en vísperas de algunos acontecimientos altamente significativos para nuestra historia? Ante todo, y éste es el motivo de la convocatoria que nos reúne, en octubre de 1992, se cumplirán quinientos años del encuentro de dos grandes bloques de culturas diferentes, de desarrollo autónomo y sin contacto hasta entonces entre ellos; pero también digamos que tampoco eran homogéneos y ambos estaban desgarrados por contradicciones y luchas intestinas, por un desenvolvimiento diversificado. En julio de 1989 memoramos el bicentenario de la Revolución Francesa, a partir de la cual comienza la ardua lucha por la consolidación-inacabada por cierto, mortificada

muchas veces- de los derechos del hombre y del ciudadano y la idea de la soberanía popular sacada del plano de las teorizaciones y llevada al de la práctica política. Y poco más tarde, pero ya al alcance de nuestras vidas, dentro de cortos años arribaremos al siglo XXI, que tantas interrogantes desde ya nos depara.

La grave crisis por la cual atravesamos estimula enérgicamente todos los esfuerzos reflexivos que hagamos por desentrañar en medio de este entrevero de acontecimientos recordados y más o menos remotos, pero vivos en nuestra sociedad contemporánea, donde perduran cicatrices, sueños, delirios y quimeras, junto a una pizca de utopías y confusiones. Es una ocasión asaz singular para vernos con ojos críticos y para proyectarnos comprometidamente y buscar, entre todos, como se nos propone, el Sentido y proyección de quinientos años de historia de América Latina .

La inteligente interrogante que nos plantea esta convocatoria, es decir ¿Qué hacer con quinientos años de historia? ¿Cómo y hacia donde deberán enfocarse los esfuerzos de los pueblos de la región para elaborar un futuro común sin las cargas del pasado? , requiere varios planos de análisis y diver-

sos tiempos, cuestiones a las cuales numerosos pensadores y sentidores de América Latina trataron de responder implícita o explícitamente desde hace varios siglos, pero en otras circunstancias. Ahora bien, diferentes indicadores denotan la urgencia de rescatar tantas válidas intuiciones, pero sobre todo, acertar con respuestas racionales, coherentes, movilizadoras e imaginativas, que no escamoteen ni idealicen el pasado pero tampoco desatiendan, insistimos, los esfuerzos de los pueblos de la región para elaborar un futuro común sin las cargas del pasado . Contra el facilismo de los lugares comunes, contra la perduración de las interpretaciones convencionales, se torna inaplazable encarar una laboriosa, ardua tarea crítica de desentrañamiento de las claves de nuestro destino.

Con la brevedad que las circunstancias exigen digamos que gran parte de la crisis contemporánea cabalga sobre una constelación de ideas que están haciendo agua desde hace tiempo. Me refiero, más en particular, a la supuesta universalidad de muchas de las categorías mentales empleadas, que no son otra cosa que una engañosa y prematura proyección de las ideas europeocéntricas, las que a su vez no expresan sino una de las tantas variedades de etno-

centrismo que distingue el proceso histórico de la humanidad. Distintas razones han contribuido a intensificar un desarrollo desigual que, sobre todo desde hace medio milenio, ha favorecido a ciertos países europeos, y no ha sido la menor de sus causas la ocupación y la explotación de lo que más tarde llamaríamos los imperios coloniales. Sin entrar en mayores sutilezas, recordemos que las riquezas extraídas de América contribuyeron indudablemente a fortalecer aquel europeocentrismo, y al mismo tiempo dicho europeocentrismo se fue consolidando marginándonos y endeudándonos material y espiritualmente. Y como contrapartida, se ignoraron o subestimaron los aportes de la América prehispánica a la humanidad en materia de explotación de recursos naturales para que en los libros sólo quedase constancia del aporte europeo. Peregrina contabilidad es ésta que falsea las cuentas al abultar los débitos y disminuir los créditos.

A partir de la segunda posguerra comienza a ponerse cada vez más seriamente en duda el valor universal de aquellas ideas o categorías que, insistimos, no eran otra cosa que europeocéntricas. Los pueblos de la periferia comenzaron a descreer de su validez, observaron ciertos falseamientos, y contri-

buyeron primero a relativizarlas para más tarde discutir las o negarlas. No estamos objetando, adviértase bien, dichas ideas por el hecho de ser europeas, como nadie pretende impugnar otras ideas por ser americanas, asiáticas o africanas, lo que queremos dar a entender es que se discuten porque pretenden ilegítimamente ser universales, es decir que fueron elaboradas primero desatendiendo las características, las modalidades, las especificidades de las restantes regiones del globo, y luego se trató de imponerlas, marginándonos como protagonistas y creadores.

Esta profunda crisis en la cual estamos inmersos es, no cabe duda alguna, la más profunda que registra la historia de la humanidad, tanto por su extensión como por su espesor, como diría Braudel, pues abarca a todos los pueblos y a todos los estratos sociales, y no se interprete que recurrimos a una calificación retórica o efectista. Ahora bien, esta particular circunstancia implica a su vez un desafío para recomponer, efectivamente, una nueva y más justificada universalidad, que contemple los rasgos específicos de todos los pueblos, universalidad que no desvirtúe su identidad y al mismo tiempo asegure su participación como protagonistas. Un mundo

que por lo menos pretenda irse integrando no puede admitir marginales ni postergados; y la historia de la civilización debe reconocer a todos los pueblos sus aportes y su derecho a fraguar su propio destino.

Un ejemplo tomado de la historia de la ciencia quizá contribuya a aclarar este punto. Las geometrías euclidianas por su formidable lógica interna, su prodigiosa articulación llegaron a parecer naturales, es decir universales: obviamente no consentían otras. Pensar en geometrías distintas constituía, en rigor, un contrasentido. Pues bien, el siglo pasado comenzó una tarea de reflexión profunda, sistemática, que llegó a una conclusión revolucionaria: eran posibles otras geometrías donde no necesariamente, por ejemplo, todos los triángulos tuviesen 180 grados o las paralelas mostrasen determinadas propiedades. Estas nuevas geometrías eran, por lo demás, más coherentes y más lógicas que las clásicas. Las nuevas geometrías eran en cierto modo compatibles con la euclidiana, admitida ésta como un caso particular de las primeras que, para abreviar, llamaremos pangeometrías. Esto en modo alguno significa negar que para ciertas magnitudes se pudiese seguir utilizando la euclidiana.

Y otro tanto sucede con las ideas de desarrollo o con la realidad de la deuda. Hasta hace pocas décadas parecía que la economía política elaborada por los países centrales resultaba suficientemente explicativa y por ello válida para todo el mundo, sin advertir sus limitaciones; pero ahora comprobamos que esto no es así, que su objetividad encubría una interesada parcialidad, que los caminos son muchos y los ritmos diversos. Por su parte la deuda pública internacional adquiere una magnitud tal que se ha transformado en algo cualitativamente distinto de la del siglo XIX; hoy es un verdadero obstáculo, por momentos insalvable, para el desarrollo de los países deudores, y sin el desarrollo de éstos mal podría abonarse dicha deuda. Círculo vicioso que reclama un replanteo de todos los supuestos de la economía clásica, y más en especial de las conclusiones que de aquellos se sacan. Y el ejemplo podría multiplicarse; baste añadir siquiera como ilustración otras preguntas: ¿en qué manual de economía política puede leerse una explicación que permita entender el fenómeno singular del Japón, cuyo actual primer ministro, al asumir su cargo, prometió solemnemente hacer todo lo que estuviese a su alcance para reducir el superávit de su balanza de pagos? O en otro caso

más conocido, que un país haya convertido su moneda nacional en internacional, y adopte sus decisiones sólo en función de sus propios intereses. Los casos mencionados no son excepciones sino que revelan serias inconsistencias teóricas.

Y si se nos permite incursionar en el campo de la economía política, donde como intrusos nos hemos introducido, y donde por no ser especialistas gozamos de impunidad para enunciar ideas heterodoxas, recordemos algo olvidado por casi todos. Por su formación, hecha fundamentalmente a base de tratados clásicos, manuales o textos de origen inglés, francés o alemán, nuestros economistas casi nunca recuerdan que las fuentes de la economía política deben observarse en los pensadores españoles de la segunda mitad del siglo XVII y primera mitad del XVIII, quienes se preguntaban, con claridad meridiana, qué sucedía en España, país que presentaba un fenómeno singular; cuanto mayores cantidades de oro y plata afluían de sus colonias, tanto mayores eran la inflación y la desocupación generadas, y tanto más perjudicadas veíanse sus manufacturas, etc. De aquí las inferencias remitían a interrogarse: ¿qué es riqueza? Estas averiguaciones sentarían las bases de la economía política como

ciencia. Y sin artificio alguno digamos, pues, que sobre nuestro empobrecimiento se han levantado los cimientos de la ciencia de la riqueza. Pero tampoco omitamos mencionar aquí que los metales preciosos del Nuevo Mundo favorecieron el desarrollo capitalista temprano que nos fue negado y sólo mucho más tarde nos llegaría. Ahora bien, creemos modestamente que estamos otra vez en una encrucijada semejante: en los prolegómenos de una nueva economía a cuyos lineamientos deben contribuir todos los pueblos para explicar las causas profundas de esta perversa situación que amenaza con riesgosos sacudimientos de la sociedad contemporánea. Además, tampoco nadie lo desconoce, estamos en vísperas de una nueva división internacional del trabajo, a cuyas opciones no podremos ingresar por decisión propia sin antes solucionar el pesado lastre de la deuda pública. En suma, ni la nueva economía política como teoría ni el nuevo orden económico internacional, podrán establecerlo por su cuenta un grupo de países privilegiados desatendiendo los intereses del resto del mundo.

Pasemos ahora a otro punto. Desde hace varios años estamos trabajando en un intento de periodización de la historia de la cultura latinoamericana,

cuyos rasgos y elementos fundamentales expusimos ya páginas atrás y propone tres grandes momentos: uno, *cultura impuesta*; dos, *cultura admitida o aceptada*; y tres, *cultura criticada o discutida*. El primero, el de la cultura impuesta, correspondería al período colonial-cualquiera haya sido la fecha de su finalización-, se caracteriza por el hecho de que sus pautas y valores se formulan desde afuera, desde las metrópolis, para cuyos intereses parecían funcionales, pero que en cambio- lo demostraría el tiempo- no lo eran para los pueblos sometidos. La denominación misma de cultura impuesta indica que durante este lapso nuestros pueblos no eran protagonistas sino objetos de los procesos, marginales a las determinaciones, receptores poco menos que pasivos de sus pautas y procedimientos.

El arribo de los europeos al Nuevo Mundo significó, por un lado, más que una interrupción, una traba al desenvolvimiento autóctono, una verdadera fractura de los desarrollos que, con distinto signo, tenían lugar en América. Se implantan instituciones, se imponen paradigmas, valores, religión y lengua. Mas simultáneamente el apartamiento de la modernidad por parte de la metrópoli agravó las condiciones al favorecer una creciente rigidez- hechas las

excepciones del caso- que impusieron el fuerte predominio de los principios de autoridad y de tradición. Fue cristalizando de este modo una cosmovisión cada vez menos sensible a admitir elementos nuevos, como los que emergían de la turbulenta y desafiante realidad ambiente. La misma Naturaleza, salvo para un puñado de hombres de excepción, veíase a través del prisma deformante de un Plinio o de un Dioscórides. Reconocer la dignidad de lo diferente o del *otro* requiere elementos conceptuales que sólo aparecerán más tarde, ya bajo el estímulo de las ideas de la Ilustración. Pero hablar del *otro* es un problema que excede aquí cualquier planteamiento psicologista, pues el *otro* es nada menos que el indígena- mayoría abrumadora de la población- cuya problemática veíase distorsionada no sólo por los intereses creados (los encomenderos, por ejemplo) sino también por algo tan enturbiador como fue el etnocentrismo de los europeos.

De aspectos de esta cuestión se ocupa precisamente Tzvetan Todorov en su libro *La conquista de América. La cuestión del otro*, donde concluye que es necesario analizar las armas de la conquista si queremos poder detenerla algún día. Porque las conquistas no pertenecen sólo al pasado .

Estas cuestiones suscitadas nos autorizan, por lo menos así lo conjeturamos, a hacer dos aproximaciones que nos conducirán a algunos puntos esenciales de la problemática abordada.

El escaso tiempo previsto para esta intervención nos impide comentar dos aspectos de sobresaliente interés. Por un lado hubiéramos deseado analizar sobre el tema de la defensa y afirmación de la identidad- un hermoso pasaje de Fray Bernardino de Sahagún, y sobre el de la sociedad de consumo, unas páginas deslumbrantes de Diderot, y que van como apéndice- no comentado- de esta ponencia.

El segundo momento, que llamamos de la cultura *admitida o aceptada*, comenzaría con los prolegómenos de la emancipación- esto es, con la negación de la Colonia- y cuando se intensifica la búsqueda de nuevos puntos de referencia; el lapso se prolongaría hasta 1930. Ahora bien, contrariamente a lo que podría afirmarse, simplificando la cuestión en exceso, este segundo momento no se caracteriza por una dependencia ideológica total, porque como se deja dicho en el párrafo anterior, por lo menos hay cierto margen de libertad para reflexionar sobre las vías plurales que podrían facilitar el acceso a esos modelos acatados. Lo que sí

puede decirse es que los objetivos últimos pretenden ser iguales (hay un cierto concepto de civilización al que se atribuye una aparente y poco menos que mágica universalidad), pero resta siempre entre ambas instancias un destiempo o asincronía permanentes. También el rasgo es, en este mismo sentido, una nota diferenciadora, porque nadie se preguntaría entonces en la Inglaterra o la Francia de mediados del siglo XIX, qué debe hacerse para alcanzar esa situación. Ingleses y franceses criticarían desde adentro, desde su propia realidad, desde sus Estados constituidos y consolidados; los latinoamericanos en cambio debían criticar muchas veces desde una óptica ajena, lo cual tiene su cuota, es cierto, de alienación. Pero como contrapartida convengamos en que el proceso de toma de conciencia es harto diferente y deja, de todos modos, un ancho margen a la reflexión original e inteligente, cosa que por cierto se dio entre nosotros. Por eso frente a la disgregación con que nos amenazaban las guerras civiles, se oyen voces como la de Bolívar, quien advierte: Seguramente la unión es la que nos falta para completar la obra de nuestra emancipación .

Es durante ese lapso que la generación romántica- Bello, Echeverría, y tantos otros- se plantea el

problema de la *emancipación mental* en los términos y con el espíritu por todos conocido. Ello nos induce a preguntarnos si idéntico problema no debería volver a plantearse hoy, si bien con perfiles más modernos, tomando en cuenta las diferentes, y por momentos sutiles, formas que adopta la dependencia. En cierto modo es lo que Leopoldo Zea, en un trabajo que lleva por título *El sentido de nuestra historia: de la dependencia a la solidaridad*, llama la desajenación cultural, y donde postula una relación que no debe ser ya la de subordinación sino la de solidaridad. Esto, a su vez, implica, siempre según Zea, cambiar la relación vertical de dependencia por una horizontal de solidaridad.

Y así, casi inadvertidamente, nos hemos introducido en la tercera y última etapa que sería, siempre según nuestra periodización, la de *cultura criticada o discutida*, que se caracteriza por las dudas enunciadas acerca de la eficacia, cuando no por el rechazo, de los elementos del momento anterior, que la dura realidad de la crisis se encarga desde hace medio siglo de confirmar, agravando los diagnósticos. De todos modos estimo que seguimos metidos en este período, pues aparentemente todavía no acertamos a elaborar estilos ni opciones distintas. Esta situa-

ción tórnase cada vez más embarazosa cuando advertimos la gravedad y la magnitud de los problemas, algunos de los cuales hemos mencionado, y que acarrearán como uno de sus corolarios la precariedad creciente de las instituciones y de los partidos políticos, desbordados por las demandas internas y las exigencias externas. Esto hace ya inaplazable generar una capacidad inédita de acertar con respuestas que impidan que este escepticismo o incredulidad menoscaben o malogren las formas de democracia alcanzadas, por frágiles o incipientes que sean. Por ello tórnase absolutamente indispensable una toma de conciencia histórica que asuma (en el sentido castizo del vocablo) la marginalidad, la dependencia, el endeudamiento, y conciba para superarlos nuevas formas de participación, que afronte responsabilidades, pero también demuestre eficiencia en las soluciones. La difícil experiencia de cinco siglos nos está indicando que realmente sólo alcanzaremos nuestra mayoría de edad, nuestra auténtica independencia y personalidad, cuando dejemos de ser marginales (porque debemos ser centrales en el proceso de conformación de una inédita universalidad), y dejaremos de ser sólo deudores cuando se reconozca que aportamos a esa

universalidad riquezas espirituales y materiales, productos y obras.

Y aquí nos parece sugeridor citar a ese singular personaje que fue Simón Rodríguez, quien afirmó:

O inventamos o erramos , y no estaba descaminado por cierto el viejo y olvidado patriota. Su divisa debería ser la nuestra.

APÉNDICE

Un testimonio de enorme valor histórico y antropológico, conmovedor por momentos, es el que ofrece el texto que, bajo el título de *Coloquios y doctrina cristiana*, tradujo y anotó sabiamente Miguel León-Portilla, y recoge los *Diálogos de 1524, dispuestos por fray Bernardino de Sabagún y sus colaboradores... y otros cuatro ancianos muy entendidos en todas sus antigüedades*. Su lectura pone de relieve el enfrentamiento de dos cosmovisiones, con la notable singularidad de recoger el alegato hecho por los mismos indígenas a través de sus propios sabios. Seguimos la versión castellana citada según la paleografía del texto en náhuatl:

Vosotros dijisteis
que nosotros no conocíamos
al Dueño del cerca y del junto.
a aquel de quien son el cielo, la tierra.
Habéis dicho
que no son verdaderos dioses los nuestros.
Nueva palabra es ésta,
la que habláis
y por ella estamos perturbados,
por ella estamos espantados.
Porque nuestros progenitores,
los que vinieron a ser, a vivir en la tierra,
no hablaban así.
En verdad ellos nos dieron
su norma de vida, tenían por verdaderos,
servían,
reverenciaban a los dioses.

Ellos nos enseñaron,
todas sus formas de culto,
sus modos de reverenciar [a los dioses].

...

Y decían [nuestros ancestros]:
que ellos [los dioses] nos dan

nuestro sustento, nuestro alimento,
todo cuanto se bebe, se come,
lo que es nuestra carne, el maíz, el frijol,
los bledos, la chía.

Ellos son a quienes pedimos
el agua, la lluvia,
por las que se producen las cosas en la tierra.

Ellos mismos son ricos,
son felices,
poseen las cosas, son dueños de ellas,
de tal suerte que siempre, por siempre,
hay generación, hay verdear
en su casa.

¿Dónde, cómo? En Tlalocan,
nunca hay allí hambre,
no hay enfermedad
ni pobreza.

También ellos dan a la gente
el valor, el mando,
el hacer cautivos en la guerra, el adorno de los
labios,
aquello que se ata, los bragueros, las capas,
las flores, el tabaco,
los jades, las plumas finas,

los metales preciosos.

...

Y ahora, nosotros,

¿destruiremos

la antigua regla de vida?

¿la regla de vida de los chichimecas?

¿la regla de vida de los toltecas?

¿la regla de vida de los colhuacas?

¿la regla de vida de los tecpanecas?

Porque en nuestro corazón [entendemos]

a quién se debe la vida,

a quién se debe el nacer,

a quién se debe el crecer,

a quién se debe el desarrollarse.

Por esto [los dioses] son invocados, son suplicados.

Señores nuestros,

no hagáis algo

a vuestra cola, vuestra ala (es decir, a vuestro pueblo)

que le acarree desgracia,

que le haga perecer.

Así también de los ancianos, de las ancianas, era
su

educación,
su formación.

Que los dioses no se enojen con nosotros,
no sea que en su furia,
en su enojo incurramos.

Y no sea que, por esto, ante nosotros,
se levante la cola, el ala [es decir, reiteramos, el
pueblo]

no sea que, por ello, nos alborotemos,
no sea que desatinemos,
si así les dijéramos:

-Ya no hay que invocar [a los dioses],
ya no hay que hacerles súplicas.

Tranquila, pacíficamente
considerad, señores nuestros,
lo que es necesario.

No podemos estar tranquilos,
y ciertamente no lo seguimos,
eso no lo tenemos por verdad,
aun cuando os ofendamos.

Aquí están

los que tienen a su cargo la ciudad,
los señores, los que gobiernan,
los que llevan, tienen a costas,
al mundo.

Es ya bastante que hayamos dejado,
que hayamos perdido, que se nos haya quitado,
que se nos haya impedido,
la estera, el sitial [el mando].

Si en el mismo lugar permanecemos,
provocaremos que [a los señores] los pongan en
prisión.

Haced con nosotros,
lo que queráis.

Esto es todo lo que respondemos,
lo que contestamos
a vuestro reverenciado aliento.
a vuestra reverenciada palabra,
oh señores nuestros .

Pasemos ahora a un terreno muy distinto.

En uno de los textos políticos más deslumbrantes que produjo el siglo XVIII, el *Suplemento al viaje de Bougainville*, de Diderot, y aunque el mismo no se refiere directamente a nuestros pobladores

autóctonos de América sino a los de Tahití, encontramos reflexiones del más alto interés, dignas de evocarse por su profundidad y actualidad. Además, el drama es idéntico: los protagonistas son aborígenes amenazados por los intrusos europeos.

Si bien perceptible era la intención del genial Diderot de criticar las instituciones de su propio país y otros en situación semejante, utilizando como recurso dialéctico la idealización de los pueblos naturales, surge con toda evidencia el enfrentamiento entre invasores e invadidos; la dignidad con que éstos defienden su pueblo, su identidad, y también cómo se protege de algo tan actual y a lo que ya hemos aludido; nos referimos al *consumo impuesto* por el dominador. Lo admirable es que, si bien este recurso tiene ya siglos, pues sus efectos fueron advertidos y denunciados, es durante las últimas décadas que comprobamos sus estragos, cuando como hoy genera lo que dio en llamarse el consumo suntuario, conspicuo, prescindible, de donde la revolución de las expectativas de la que hablan los sociólogos y que nuestros países mal pueden soportar.

... Somos inocentes, somos felices; y tú no puedes malograr nuestra felicidad. Seguimos el puro instinto de la naturaleza y tú has intentado borrar de nuestras almas su carácter. Aquí todo es de todos y tú nos has predicado no sé qué distinción de lo *tuyo* y lo *mío*... Somos libres, y he aquí que tú has introducido en nuestra tierra el concepto de nuestra futura esclavitud. No eres ni tan dios ni un diablo. ¿Quién eres, pues, para hacer esclavos? ¡Orou! Tú que entiendes el lenguaje de estos hombres como me lo has dicho a mí, lo que han escrito sobre esta hoja de metal: *Este país es nuestro*. ¡Este país es tuyo! ¿Y por qué? ¿Porqué has puesto en él tu pie? Si un tahitiano desembarcara un día en vuestras costas y grabara sobre una de vuestras piedras o sobre la corteza de uno de vuestros árboles: *Este país pertenece a los habitantes de Tabiti*. ¿qué pensarías de ello? ¡Eres más fuerte! ¿Y qué importa eso? Cuando te han sacado una de estas despreciables bagatelas de las que está lleno tu navío te has indignado, te has vengado: ¿Y en aquel mismo instante has proyectado en el fondo de tu corazón el robo de todo un país? No eres esclavo; ¡sufrirías la muerte antes de serlo y tú quieres esclavizarnos! ¿Crees que el tahitiano no sabe defender su libertad y morir? Aquel de quien te

quieres apoderar, como de una bestia, el tahitiano, es tu hermano. Sois dos hijos de la naturaleza; ¿qué derecho tienes sobre él que él no tenga sobre ti? Has venido, ¿acaso nos hemos abalanzado sobre tu persona? ¿Acaso hemos saqueado tu navío? ¿Te hemos capturado y te hemos expuesto a las flechas de nuestros enemigos? ¿Te hemos asociado en nuestros campos al trabajo de nuestros animales? Hemos respetado nuestra imagen en ti. Déjanos nuestras costumbres; son más sabias y más honradas que las tuyas, no queremos de forma alguna cambiar lo que tú llamas nuestra ignorancia por tus inútiles luces. Todo lo que nos es necesario y bueno lo poseemos. ¿Somos dignos de desprecio porque no hemos sabido crearnos necesidades superfluas? Cuando tenemos hambre tenemos de qué comer; cuando tenemos frío tenemos con qué vestirnos. Tú has entrado en nuestras cabañas, ¿Qué es lo que falta en ellas según tú? Persigue hasta que quieras lo que tú llamas comodidades de la vida, pero deja que otros más sensatos se detengan cuando ya no vayan a obtener de la continuación de sus penosos esfuerzos más que bienes imaginarios. Si nos persuades de que franqueemos el estrecho límite de la necesidad ¿Cuándo dejaremos de trabajar? ¿Cuándo disfruta-

remos? Hemos reducido la cantidad de fatigas anuales y diarias al mínimo posible porque nada nos parece mejor que el descanso. Vete a tu país a agitate, a atormentarte tanto como quieras; déjanos descansar; no nos llenes la cabeza ni con tus necesidades ficticias ni con tus virtudes quiméricas. Mira a estos hombres, mira cuán erguidos son, sanos y robustos. Mira a estas mujeres, ve cuán erguidas son, sanas, frescas y hermosas .

Y este tema del consumo, reiteramos, debe ser dramáticamente replanteado cuando se advierte una mengua notable en los niveles de vida de grandes sectores de nuestra América entrañable, para no mencionar las hambrunas que aparecen en los periódicos con referencia a determinadas regiones de África. Nuestros problemas son muy otros de aquellos de los que nos hablan los vaticinadores de la posmodernidad cuando pontifican, impostando la voz, acerca de las frustraciones provocadas por la saturación de la abundancia .